

PETER KAPRA

HOMO SUPER SAPIENS

PETER KAPRA

HOMO SUPER SAPIENS

Ediciones **TORAY**

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B.45.072 – 1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

PRÓLOGO

Alex Kramo estaba nervioso, excitadísimo. Con frecuencia, se levantaba de la mesa de trabajo e iba a la ventana, descorriendo las cortinas para mirar la noche.

Nada. Marcelo y Bachdí no llegaban.

Habría ocurrido algo. El científico sabía lo peligroso de la misión que había confiado a sus dos ayudantes. Algo podía fallarles. Robar recién nacidos en el hospital más importante de Nueva York era un desafío al servicio de policía más eficiente de América.

Sin embargo, el plan de Marcelo y Bachdí era perfecto. No podía fallar. El doctor Kramo estaba seguro que no podía fallar… ¡No fallaría! Él necesitaba los seis recién nacidos y sabía que ninguna madre se los daría para utilizarlos poco menos que de cobayas.

Volvió a su mesa. Estaba repasando las fórmulas por milésima vez. Lo tenía todo preparado abajo, en el laboratorio. Había experimentado numerosas veces con distintos animales. Los resultados de las «neurohormonas» eran sorprendentes. En todos los casos, las especies estudiadas habían sufrido un notable cambio.

Pero habían conejos de indias que murieron en los ensayos. Esto inquietaba al doctor Kramo. ¿Y si fallaba con las criaturas?

La experiencia no podía ser realizada con seres adultos. Él no podía modificar un cerebro ya formado. Esto le había costado la vida a su hija Karen, ¡su única hija!

De nuevo, obsesionado por la tardanza de sus ayudantes, el doctor Kramo fue a la ventana. Al descorrer la cortina, su rostro se animó. Descubrió el reflejo de luz verdeazulada en el camino que conducía a la finca.

— ¡Ya están ahí! —exclamó, dando media vuelta y dirigiéndose a la puerta.

Cruzó el vestíbulo, adornado al estilo funcional de principios del siglo XXI, a base de decoración metálica y alfombras de fibras artificiales, y se acercó a la puerta de entrada, la cual se abrió silenciosamente, por medio de un circuito interior que accionaba un inductor de proximidad.

Salió al porche, donde se acababan de encender dos focos indirectos.

El furgón gris no tardó en detenerse. Antes de que Bachdí saltase de la cabina, el doctor Kramo ya oyó los llantos infantiles y la voz de Marcelo, exclamando:

— ¿Qué tiene esta leche, ingrato? ¡Bebe y calla!

— ¿Todo bien, Bachdí? — preguntó Kramo, acercándose al moreno graduado en la Universidad de Rabat.

— Sí, doctor. Pero hemos pasado un susto tremendo. En el último instante, cuando teníamos el «cesto» lleno, una enfermera quiso entrar en Maternología.

— ¿Os vio?

— No. Marcelo la cloroformizó, la metió en un cuarto trastero. Ahí están los niños recién nacidos. Todos tienen tres o cuatro días de vida.

—¿Tres varones y tres hembras, Bachdí?

— Tres varones y tres hembras, doctor Kramo — contestó el árabe, abriendo la puerta posterior del furgón, donde estaba Marcelo, con una bata blanca y una protección antiséptica en la boca, dando un biberón a un bebé.

Tenía un cesto alargado, forrado de plástico blanco, donde se agitaban, berreando, cinco bebés envueltos en sus pañales. El sexto estaba en manos de Marcelo.

— ¡Os estoy infinitamente agradecidos, amigos míos!

Marcelo se volvió y sus ojos miraron intensamente al hombre de ciencia.

— Ya hablaremos de agradecimiento cuando nos lleven a la silla eléctrica, doctor Kramo.

— No seas agorero. Nadie os vio. Nadie los encontrará.

— Tal vez. Quiera Dios que así sea, doctor —añadió Bachdí, entrando en la furgoneta—. Pero hemos dejado a seis madres en la desesperación.

— Lo siento... ¡Lo siento muchísimo! —murmuró Alex Kramo, con voz emocionada—. La humanidad no lo comprende ahora... Pero algún día nos darán las gracias por lo que hemos hecho. Pasaremos por criminales por el bien de la ciencia y de la raza humana.

Sus dos ayudantes no respondieron. Marcelo volvió a colocar al pequeño en el «cesto» colectivo y ayudó a Bachdí con la berreante carga en la casa.

* * *

La noticia se extendió por todo el mundo. «¡Seis bebés robados del Instituto de Maternología de Nueva York!» Fue una explosión de indignación general. La prensa, la televisión, la radio, todo pareció ser sacudido violentamente por el rapto.

El doctor Kramo, al que nadie podía acusar, fue calificado de «monstruo», «criminal irreconciliable», «demente», «engendro y muchos calificativos más.

Toda la policía del mundo entero, tanto de oriente como de occidente, se movilizó para localizar a los secuestradores. Nueva York pareció sufrir un cataclismo. Y buscando a los raptores, se descubrieron más de diez mil otros delitos, de todos tipos.

Los niños recién nacidos no aparecieron.

A nadie se le ocurrió ir a visitar la finca que el doctor Kramo tenía en las afueras de Middletown. Nadie pensó siquiera que pudiera tratarse de una experiencia científica. A la policía se le ocurrieron mil versiones distintas. Mas como siempre pasa, la verdad permaneció oculta, y, si alguien la intuyó, no pudo concebirlo completamente.

Y a medida que fueron transcurriendo los días, el caso de los seis bebés robados, fue perdiendo interés. Surgieron otros problemas, como la amenaza de oriente, a raíz de la sublevación turca, y pareció que la ya casi olvidada confrontación atómica mundial iba a realizarse.

Diplomáticos del mundo entero intervinieron una vez más. Se discutió con más calor y pasión que durante los primeros años de la «guerra fría», y, luego, se firmó en acuerdo de Estambul.

No habría guerra aniquiladora. Un nuevo respiro para la humanidad. Se restableció el equilibrio político universal, se hicieron ciertas concesiones por ambos bandos, y, meses después, todo volvía a quedar como estaba.

Incluso se reunieron los altos jefes de las bases militares lunares y comieron juntos el pavo americano y el caviar ruso. Se bebió champaña francés, whisky inglés y rais chino.

El mundo respiró tranquilo.

Mientras ocurría todo esto, el doctor Kramo y sus dos ayudantes, convertidos ahora en niñeras, observaban, día y noche, las reacciones de sus pequeños huéspedes, a los que se les había ido administrando, según un programa meticulosamente estudiado, las dosis exactas del producto químico descubierto por el doctor Kramo.

Primero fueron unas décimas de gramo. Luego, se fue aumentando progresivamente la dosis de «neurohormonas».

Al cabo de quince días murieron los dos bebés del grupo uno, cuyos nombres, según la nomenclatura de Marcelo, que era el pediatra, eran Joe y Milay.

Estaban los tres en el laboratorio aquel día. Habían administrado a los bebés, junto con el compuesto alimenticio infantil, un gramo exacto de «neurohormona». Joe y Milay eran el grupo uno y su muerte se produjo con breve intervalo uno del otro.

La consternación se apoderó del doctor Kramo, el cual permaneció sentado en una silla durante largo rato, abrumado por el peso de su

conciencia, debatiéndose en la duda de si continuar la experiencia o renunciar definitivamente e ir a entregarse a la policía.

Sus dos ayudantes, mientras, realizaron la autopsia de las dos criaturas y el resultado del meticuloso análisis fue anotado en las hojas de clasificación.

Al terminar, Bachdí fue a ver a su maestro.

— Los niños han muerto a causa de la «indoicaína». La dosis ha sido excesiva. No la han resistido.

— Lo mismo le ocurrió a mi Karen— murmuró Alex Kramo, apenas sin voz.

— ¿Qué hacemos con ellos?

Kramo tardó unos minutos en contestar. Antes, miró a su ayudante a los ojos.

— ¿Crees que estamos obrando bien, Marcelo?

— No lo sé, doctor.

— Tengo dos caminos. Dejarlo todo y devolver a los cuatro niños que nos quedan. Pueden vivir.

— Es una solución, doctor. ¿Y la otra?

— Continuar hasta el fin.

Bachdí se acercó. Sus ojos oscuros brillaban intensamente.

— Debemos continuar hasta el fin, doctor. Si renunciamos ahora, todo se habrá perdido. Seremos juzgados como criminales y ejecutados. No es que me importe mucho ir a la silla eléctrica, pero tengo el presentimiento de que nuestra misión es importantísima... ¡Sé que conseguiremos el individuo más inteligente de la creación!

La fe del joven médico árabe era compartida también por Marcelo. Y así lo dio a entender.

— Le veo muy desanimado, doctor. Y no debe estarlo. Nuestra labor es de ensayo. Sabemos perfectamente el riesgo que corremos. Estamos sacrificando vidas. Su hija Karen constituyó el primer sacrificio, como lo fueron aquellos dos hombres a los que usted, anónimamente, indemnizó a sus familiares.

»Pero nuestro trabajo ha llegado a su punto más delicado. Llevamos tres años dedicados a esto. Usted lleva veinte. ¿Vamos a renunciar ahora cuando todavía nos quedan cuatro niños?

— ¿Y la conciencia, Marcelo?

— Los hombres de ciencia no debemos tener conciencia... Ahí tiene usted a Joe y Sara, aguardando. Son el grupo dos. Nosotros enterraremos a Joe y Milay.

— ¿Dónde?

— En el seto de flores — contestó Bachdí.

Alex Kramo suspiró y se levantó.

— Está bien. Hemos de continuar.

Los dos pequeños cuerpos fueron enterrados piadosamente. Bachdí rezó por ellos en su lengua nativa y Marcelo rogó a Dios que les acogiera a su seno.

Y los experimentos continuaron clandestinamente en la finca de las cercanías de Middletown, hasta que, días después fallecían los otros dos bebés del segundo grupo, a los que Marcelo había llamado Jan y Sara.

Fue otro duro golpe para el doctor Kramo.

La integridad de Bachdí pareció vacilar también en aquella ocasión. Ya sólo tenían una pareja, Pete y Celie. Habían cumplido un mes de existencia y se iban desarrollando magníficamente, aceptando las dosis de «neurohormonas» que se les administraba de acuerdo con el proyecto para el grupo tercero, que era, esencialmente, más benigno que el de los precedentes.

Pero, de acuerdo con los estudios del doctor Kramo, tal cantidad de «indoicaína» era totalmente inocua y estaban perdiendo el tiempo.

Un día, Marcelo fue a Nueva York y no volvió. Absorto en sus profundos pensamientos, salió de unos grandes almacenes y fue atropellado por un automóvil. Murió en el acto.

Esto fue un duro golpe para el trío de investigadores, pues quedaron reducidos a dos. Y lo peor era que Alex Kramo estaba ya casi en la ruina. Se había gastado una cuantiosa fortuna en las experiencias realizadas y no sabía de dónde obtener dinero para continuar.

Bachdí también había perdido la fe en la experiencia y, a los seis meses optó por regresar a Marruecos, dejando a su profesor al cuidado de los dos niños supervivientes, los cuales continuaban desarrollándose, volviéndose retozones y alegres.

Estaban en una habitación contigua al laboratorio, muy ventilada y acondicionada para la experiencia. Ahora sólo tenían dos cunitas metálicas. Las otras habían sido retiradas.

Después de la muerte de Marcelo y de la marcha de Bachdí, Alex Kramo suspendió el tratamiento de «indoicaína» y decidió quedarse a los dos niños para sí. Les tomó un entrañable afecto y se dijo que podía cuidar de ellos como antes había cuidado de Karen, al quedar viudo.

Hubo también de modificar su existencia y vender la casa, yéndose al oeste. Se instaló en Burbank, una de las ciudades satélite de Los Ángeles, en California, y abrió un despacho de consulta médica. Como era un auténtico hombre de ciencia, sus diagnósticos eran infalibles. Pronto adquirió fama y prestigio y empezó a ganar dinero.

Murió cinco años más tarde, cuando Pete y Celie tenían ya una

viveza y un talento que hacía reflexionar al doctor Kramo acerca de lo acertado de sus experiencias en Middletown.

Pero el destino quiso privar al hombre de ciencia de la satisfacción del éxito. Murió una noche, todavía relativamente joven, a consecuencias de un colapso.

Le encontraron a la mañana siguiente en su despacho, cuando la mujer encargada de la limpieza entro a poner orden en sus cosas.

Inmediatamente, la señora Sparrow avisó a la enfermera y ésta llamó al médico forense, el cuál acudió en el acto, certificando la defunción del hombre que había sido su amigo durante unos años.

Luego, en la vivienda del doctor Kramo, la institutriz de los niños, «Miss» Carlton, se hizo cargo de todo momentáneamente, cuidando de que Pete y Celie vistieran de negro, hasta que las autoridades decidieron que, como el doctor Kramo no tenía parientes, sus hijos debían ingresar en un internado oficial, en Santa Rosa, donde serían educados por el Estado, a fin de conservar la fortuna del doctor Kramo, para cuando sus «hijos» fuesen mayores.

Así se lo comunicó a los dos niños un funcionario público que vino acompañado del gerente del banco en donde Alex Kramo había tenido su cuenta.

El pequeño Pete, casi cinco dedos mayor que su «hermana» Celie, muy digno y serio, respondió:

— Haremos lo que ustedes digan. Pero Celie y yo hemos convenido en no separarnos jamás.

— Lo siento. Eso no podrá ser — replicó el funcionario público, mirando a la institutriz con una sonrisa—. En Santa Rosa, los niños están separados de las niñas. Allí recibiréis una esmerada educación y de mayores podréis ir a la Universidad de California.

— Si me separan de Celie, nos escaparemos — dijo Pete, muy serio.

CAPÍTULO PRIMERO

El doctor Pearson, recientemente nombrado Director del Reformatorio Juvenil de San Gabriel, miró severamente al joven moreno y desgreñado que tenía delante, sujeto de los brazos por dos robustos celadores.

— ¡Eres incorregible, Pete Kramo! Tomaré medidas severísimas y ejemplares contigo. ¡Acabo de leer tu expediente y es lo más increíble que he leído jamás! ¡Te has escapado treinta veces de distintos centros educativos! ¡Y sólo te faltaba llegar aquí, que es una auténtica cárcel para jóvenes inadaptados como tú!

— No sea usted inocente, señor Pearson. La lectura de ese expediente le habrá hecho comprender que me iré de aquí del mismo modo que me he ido de los otros sitios. Ustedes se han empeñado en tenerme separado de Celie y no conseguirán su propósito.

— ¿Qué dices, estúpido? — gritó Pearson, poniéndose en pie—. ¡Haré que te azoten!

— No se lo aconsejo, señor — replicó el joven Kramo—. Si quiere hacerme caso, y para no perder más el tiempo, dígale al gobernador que me saque de aquí o yo le sacaré a él de dónde está.

Pete Kramo acababa de ser enviado a San Gabriel en una furgoneta de la policía. Lo entregaron sus custodios y se fueron. No querían saber nada con él. Y sus motivos tenían.

Henry Pearson, por lo tanto, no conocía a Pete Kramo, excepto por lo que había leído en el expediente. El tono de su voz, la seguridad en sí mismo y su arrogancia, le hicieron intuir algo. Aquélla no era la forma de expresarse de un chico de catorce años.

Y San Gabriel era un reformatorio para jóvenes de dieciocho años, ya declarados irreformables por jueces y tribunales. De allí saldrían los futuros criminales del país.

— ¿Estás loco, muchacho? — gritó Pearson.

—No, señor. Dése usted cuenta de lo que hago.

Pete se volvió al celador que le sujetaba del brazo derecho.

— Míreme, Koops. ¿Verdad que se llama usted así?

El celador se sorprendió y miró al joven con ojos muy abiertos. Henry Pearson habría de decir después que de los ojos de Pete Kramo salió como un destello visible que penetró en la mirada de Koops, autougestionándolo.

Y lo mismo hizo con el otro celador, Fred Collins, mirándole

brevemente a los ojos.

Los dos celadores soltaron a Pete y fueron hacia su director, apoderándose de él.

Henry Pearson no pudo ni mover los labios. No creía en lo que estaba viendo.

— Son todos ustedes unos pobres hombres. Lo he comprobado. Sólo tengo que hipnotizarles y hacen todos lo que yo quiero... Relájese, señor Pearson. No quiero hacerle daño. Quiero que me comprenda usted... Por favor, señores, suéltenle.

Pearson cayó sobre su asiento. Estaba totalmente dominado, como sus subordinados, por la influencia mental del muchacho que tenían delante, medio descamisado, revuelto el cabello, correctas las facciones y de cuyos ojos parecía surgir magnetismo mental.

— Ni yo mismo sé lo que me ocurre, señor Pearson — habló Pete, acercándose a la mesa del director del reformatorio—. Hace años que venimos dándonos cuenta de no ser como los otros muchachos de nuestra edad, con los que tratamos.

»A Celie le ocurre lo mismo. Ella es tan inteligente como yo y estudia mucho. Se encuentra en el Instituto de Protección Femenino, en Pasadena. Lee y memoriza los textos más difíciles.

»Ayer noche me contaba que en dos días ha leído más de ochenta libros médicos, con un total de cuarenta mil páginas que se ha aprendido de memoria.

»Celie tiene catorce años, como yo. Pero ella no es capaz de hacer lo que yo hago... Bueno, todavía no lo hace. Yo puedo averiguar toda la vida particular de usted o de cualquiera con sólo mirarle unos segundos a los ojos. Penetro en su memoria con la mía. ¿Me entiende usted? Hurgo en sus recuerdos y averiguo hasta las cosas de las que usted no quiere ni acordarse.

— ¿Qué... qué quieres decir, muchacho?—tartamudeó Henry Pearson, atónito.

Pete Kramo sonrió con cierta picardía.

— Jamás le he visto a usted, señor Pearson. Pero sé que está casado, tiene tres hijos, es licenciado en derecho y su amigo, el fiscal Malcom, le recomendó para este cargo, en el que lleva usted veintidós días.

»Sé que nació usted en Buffalo Creek, en el seno de una familia de seis hijos. Su padre era factor de ferrocarriles. Vivió usted en la estación de Buffalo Creek hasta los nueve años. Luego, toda su familia se trasladó a Barkersfield, donde su padre murió aplastado entre dos vagones de mercancías...

— ¡No puedes saber todo eso! —exclamó Henry Pearson.

— Claro que lo sé. Estudió usted en el Center College y formó parte de un grupo musical, llamado «The Brooks», que actuaron una vez en radio Barkerfield. Luego conoció a Helen, su esposa. Se casó con ella mientras estudiaba en la Universidad de San Francisco, sin haber terminado la carrera, y sus primeros años de matrimonio fueron muy difíciles hasta que entró de pasante en el bufete de David Malcom.

— No puede ser... Es increíble... ¿Quién te ha hablado de mí? —preguntó Pearson.

— Nadie... ¡Me está hablando usted mismo! ¿Quiere que le cuente algún detalle feo, íntimo o particular? ¿Recuerda el día que sustrajo usted doscientos dólares del cajón de la mesa de su jefe? El señor Malcom no lo sabe aún. Le cree a usted un hombre honrado, porque usted devolvió el dinero antes de que él volviera de viaje.

— Basta... No sigas... ¿Quién eres? — Henry Pearson se había vuelto blanco.

— Ahí dice bien claro quién soy. Al menos, eso es lo que opinan de mí las autoridades — replicó Pete —. Soy hijo del doctor Al ex Kramo, lo que no es cierto, aunque todavía no puedo decir con exactitud quiénes fueron mis padres, porque no he conseguido averiguarlo. Celie Kramo tampoco es mi hermana, pero la necesito. Es con la única persona que me siento unido.

»Ahí está el historial de mis rebeldías y huidas. Siempre por lo mismo. Necesito estar con Celie, hablar con ella, intentar comprender entre los dos todo lo que nos ocurre.

»Me he escapado siempre de todas partes empleando mil medios distintos. Pero no siempre tengo la facultad de pensar intensamente. Sufro depresiones transitorias que no sé a qué obedecen. Debo aprender mucho aún de mí mismo y sé que nadie en este mundo me lo puede enseñar, excepto un hombre que no sé dónde está, pero que su nombre no podré olvidar jamás.

— ¡No entiendo absolutamente nada! —pareció gritar Pearson.

Pete se encogió de hombros y se limpió la nariz con el dorso de la mano derecha.

—-No espero que me comprenda. Sólo quiero que haga usted lo que yo le mande... ¡Y, desde ahora mismo le digo que no puede usted negarse!

Esta vez, Henry Pearson no contestó.

Los dos celadores que estaban a su lado, continuaron impasibles, como si lo que allí sucedía no tuviera nada que ver con ellos.

— Quiero salir y entrar de este lugar sin impedimento alguno. Necesito ir regularmente a Pasadena, y usted me llevará en su auto. Usted y todo el personal de aquí estarán a mi servicio. Yo mandaré lo

que se debe hacer. A cambio, no tendrá usted ninguna clase de problemas. Incluso los muchachos más incorregibles serán dóciles corderos. Y esta institución será modélica, por lo que ascenderá usted rápidamente.

»¿Le gustaría ser gobernador del Estado de California, señor Pearson? ¡Ah, veo que sí! Yo le aseguro que lo será usted, si me obedece... ¡Y me obedecerá!

* * *

Celie Kramo, a los catorce años, era una criatura dulce, amable, correctísima y de una memoria que asombraba a cuantas personas la trataban.

La Directora del Instituto de Protección Femenina de Los Ángeles la tenía bajo su especial cuidado, aunque, en realidad, era Celie la que cuidaba de la señorita Suzy Clermont, de 28 años, soltera, licenciada en derecho y funcionaría del Tribunal Tutelar de menores de California.

Hacía algunos años que Celie había dado señales de una extraordinaria inteligencia. Se aprendía de memoria todo cuanto estudiaba. Recitaba a los poetas clásicos y modernos. Conocía todas las formas gramaticales, las reglas matemáticas más complicadas, entendía de astrofísica, de medicina, había leído a Hermann Schultz, el psicólogo alemán, y hasta se permitió corregir líneas de su libro «El pensamiento recóndito», que era la obra más profunda escrita jamás sobre el subconsciente humano.

Al principio, la señorita Clermont creyó tener en su Instituto a una niña prodigio. Luego, cuando sorprendió a Pete Kramo con Celie, hablando con su hermana «en silencio» y conoció el extraño origen de ambos muchachos, comprendió que la verdad de todo estaba muy por encima de sus conocimientos.

Hizo un informe al Tribunal, pero el escrito no llegó jamás a la mesa del Juez Carr, porque, adivinando sus intenciones, Celie sustrajo el sobre del buzón de salida de correspondencia.

Ella y Pete sabían que aún era demasiado pronto para que el mundo supiera de su prodigiosa verdad. No podían divulgarlo. Su desarrollo no era total.

Por su parte. Pete, que siempre estuvo siendo cambiado de lugares, porque se escapaba por ir a verla, tampoco tenía problemas. Ahora, ambos jovencitos deseaban encontrar a un hombre llamado Bachdí, y se habían dirigido en extraña misiva al rector de la Universidad de Rabat (Marruecos), para averiguar su paradero.

Sin embargo, hacía ya seis meses del envío de la carta y aún no obtuvieron contestación.

El mismo día en que Pete Kramo imponía sus condiciones al director del reformatorio juvenil de San Gabriel, Celie había abandonado su cuarto para ir directamente al despacho de la señorita Clermont, a la que encontró redactando unos informes de índole interno.

«Miss» Suzy levantó la cabeza al ver aparecer a la jovencita y rubia Celie, y sonrió:

— Buenos días, querida. ¿Quieres algo?

— Sí, señorita Clermont. He pensado que puede usted recurrir al Departamento de Relaciones Internacionales, interesándose por el paradero de un hombre llamado Alberad Bachdí, que fue becado por el gobierno marroquí, el año 2009, para estudiar en Nueva York.

— ¿Qué interés tienes por ese marroquí, Celie? ¿Quién es?

— Ni Pete ni yo estamos muy seguros de él. Pero algo nos dice que debemos localizarle.

— ¿Es pariente de alguno de vosotros?

— No. Está entre nuestros primeros recuerdos. Había otro hombre, llamado Marcelo Chatre, pero sabemos que murió en un accidente de tráfico. Necesitamos saber si Bachdí está vivo.

— Y yo quisiera saber si el Tribunal nos aceptará la solicitud de reformas del campo deportivo... ¡Y si la Inmobiliaria Cardens se saldrá con la suya de levantar el Edificio «Stella» en el viejo solar!

Celie sonrió.

— Los de Cardens no tienen nada que hacer. El juez Carr ha dicho no.

— ¿De veras, Celie? — exclamó Suzy Clermont, llena de júbilo, para luego ponerse seria—. ¿Cómo lo sabes tú? Yo hablé con el juez Carr ayer tarde, por visófono, y no sabía nada del asunto.

— El secretario del gobernador llamó anoche a casa del juez Carr y le dijo que «míster» Colway estaba de nuestra parte. Los de «Cardens Inc.» perderán el tiempo.

Sin querer dar crédito a lo que estaba oyendo, Suzy Clermont se inclinó sobre los mandos del visó fono y presionó un botón:

— Mary, ponme inmediatamente con el juez Carr.

La pantalla fluctuó, hubo un lapso de espera y luego apareció el semblante severo del honorable juez Carr, presidente del tribunal tutelar de menores.

— Hola, Suzy — habló el hombre—. Buenas noticias para usted... ¡No habrá Edificio «Stella» junto al Instituto! ¡Anoche me llamó el secretario del gobernador!

— ¡Oh, qué alegría, señor juez! Entonces, ¿podemos hacer las reformas del campo deportivo?

— ¡Hecho, señorita Clermont! —replicó el juez Carr—. De ello se encargarán los arquitectos de la «Cardens Inc.». Ha sido un arreglo. El edificio «Stella» se construirá en la zona de Rickpoint.

— ¡Maravilloso, señor juez! ¡Es la mejor noticia que podía usted darme!

— Precisamente, iba a llamarla para decírselo. Pero usted se me ha anticipado.

Detrás de la cámara del visófono, Celie bajó la voz y dijo:

— Dígale usted al honorable señor juez que va a ser trasladado a Washington. Su antiguo amigo, Mr. Benson Kraft ha sido nombrado ayer mismo subsecretario de justicia y está pensando en él para juez del tribunal supremo de la nación.

Suzy abrió la boca, atónita.

— ¿Qué le ocurre, señorita Clermont? — preguntó el juez Carr, en la pantalla.

— ¡Oh, señor, disculpe...! ¿Es cierto eso, Celie?

— ¿Con quién habla usted?

— Perdone, señor juez... ¡Con nadie! ¡Discúlpeme! Estaba pensando en voz alta... Se me ha ocurrido que puede usted ser trasladado al Tribunal Supremo, ahora que su amigo, el juez Benson Kraft, ha sido nombrado Subsecretario de Justicia.

— ¿Qué dice usted? ¿De dónde ha sacado esa noticia?

— Pues... No viene en la prensa de hoy... Pero yo hablé anoche con una tía que reside en Washington y... Bueno, averígüelo usted. No puedo decirle más.

Suzy Clermont, azorada, cortó la comunicación. Aquella tarde, una vez confirmada la noticia, el juez Carr llamó de nuevo a Suzy Clermont, pretendiendo averiguar cómo se había enterado ella. Y la directora del Instituto de Protección Femenina hubo de mentir de nuevo, buscando fútiles pretextos para convencer al juez Carr.

Por su parte, Suzy aprovechó la ocasión para pedir, a su vez, un favor.

— Una de nuestras internas desea averiguar el paradero de un súbdito marroquí, licenciado en medicina mental, llamado Alberad Bachdí, becado por su gobierno para estudiar en Nueva York.

— ¿Y para qué diablos quiere saber de ese árabe una de sus internas?

— Tratamos de averiguar ciertos aspectos del origen familiar de la interna. Se trata de Celie Kramo. Ese Bachdí fue ayudante médico de su padre.

— Bien, bien... Haré lo que pueda, señorita Clermont... ¿Esa Celie Kramo no es la hermana de Pete Kramo?

— Sí.

— ¿Qué tal se porta la chica?

— Muy bien, señor juez.

— Pues su hermano está hecho una pieza filipina con fondo de esparragueras... ¿Me entiende usted? — Simón Carr sonrió ampliamente —. Perdone la broma. Quiero decir que Pete Kramo es un muchacho peligroso. Hemos tenido que sacarle de «Marcus Center» y enviarle a San Gabriel.

— ¡Oh, pobrecillo!

— Se nos ha escapado ya muchas veces. Usted sabe algo de eso. Siempre se le agarra cerca de ahí.

— Lo sé. Y conozco a Pete. Sé que es un buen muchacho.

— ¡Me gustaría que tuviese faldas para enviárselo a su cuidado! Pero en San Gabriel tiene para largo. No saldrá de allí hasta los dieciocho años, y entonces hemos pensado enviárselo al ejército.

* * *

Aquella misma noche, la sorpresa de Suzy Clermont, fue grande al serle anunciada la visita del señor Henry Pearson, que venía acompañado de Pete Kramo.

Suzy salió a recibirles y quedó atónita ante el cambio experimentado en el joven, que ahora vestía una blusa de metal flexible, dorada, iba cuidadosamente peinado y llevaba botas altas, de «fibrex» también dorado.

— Señorita Clermont, Pete me ha dicho que ya le conoce usted. Por mi parte, soy el nuevo director del Reformatorio Juvenil de San Gabriel. No sé si debo informarla de...

Pete le atajó con un gesto, diciendo:

— La señorita Clermont está enterada del caso, señor Pearson. Puede usted hablar con ella, mientras yo voy a ver a Celie.

— ¡Debo acompañarte, Pete! —exclamó la directora del Instituto.

— Sé el camino.

— Pero la verja interior está cerrada a estas horas. Pete volvió a sonreír y dijo:

—Sé cómo se abre, descuiden... ¡Hasta luego, señor Pearson! Regresaré dentro de una hora exactamente.

Antes de que las dos personas mayores pudieran responder, Pete se fue por la ancha escalera, hacia el primer piso del moderno edificio metálico. Llegó ante una puerta de cristales, tras la que había sentada

una mujer recia, vestida con el uniforme azul de las guardianes de servicio.

«¡Ábreme, Margy!», ordenó Pete, mentalmente.

La mujer se puso en pie, abrió la puerta y dejó pasar al muchacho.

Ante la verja de un patio, Pete se detuvo. Allí concentró su mente con el mecanismo de la cerradura. Un influjo mental centrado exactamente sobre el muelle de sujeción de pernos, aflojó la espiral acerada y los pernos se retiraron. Luego, otro influjo sobre el gozne abrió la cerradura.

Pete empujó la puerta y no se molestó en cerrarla. Avanzó por el pasillo lateral derecho, subió las escaleras que conducían a los alojamientos de las internas, todos cerrados, y su influjo mental y se unió al de Celie, al otro lado de la puerta, para abrir la cerradura eléctrica.

Un instante después, franqueado el paso, Pete entraba en la bonita estancia de Celie y abrazada a la muchacha, besándola en la frente.

— ¿Te pegaron, Pete?

— Sí, pero más daño se hizo el guardia que yo. Tiene la mano rota.

— ¡No debiste hacerlo! —exclamó la joven, que vestía un salto de cama azul, corto hasta las rodillas—. Ven, siéntate a los pies de mi cama y cuéntame cómo te han tratado. Ya sé cómo es San Gabriel. Hay allí muchos granujas… ¡Es el peor sitio que has estado!

Pete sonrió y tomó la mano de Celie.

— Es un lugar muy divertido, Celie. Hay tipos de mentalidad muy extraña. Son casi todos analfabetos, ignorantes. Hay más maldad en ellos que otra cosa. Pero si yo pudiera, los transformaría a todos. ¿Crees que debo hacerlo?

— Haz todo el bien que puedas, Pete. ¿Cómo se llama el chico pelirrojo al que has quitado la litera de abajo, para ponerte tú? Parece muy simpático.

— ¡Ah, Moxy Luke; es huérfano! Tiene dieciséis años y de seguir como va terminará en la cámara de gas dentro de algunos años. Se ha criado entre la peor gente de Los Angeles. Le ayudaré. ¿Sabes que está allí por haber matado a una mujer de veinte años?

— ¡Qué horror! — exclamó Celie.

— No he podido averiguar nada de Alberad.

— Ni yo tampoco, Pete. ¿Por qué no podemos encontrarle?

— Debe estar oculto o viviendo con otro nombre. Lo que hacían era ilegal. Debió asustarse y se cambió de nombre. El mundo es muy grande y será difícil localizarle.

— ¿Y si encargamos el caso a una agencia de detectives?— preguntó Celie—. Hoy, la señorita Clermont ha hablado con el juez

Carr, que ha sido nombrado juez del Tribunal Supremo.

— Lo sé. Y no has debido hacerlo, Celie, Ha sido una imprudencia de tu parte. Yo he tenido que esforzarme mucho para no despertar la curiosidad del juez Carr. Ellos deben saber sólo lo que a nosotros nos convenga.

— Perdóname — musitó Celie, bajando sus ojos.

—¡Vamos, no seas tonta, hermanita! Todavía somos niños. Hemos de aprender mucho. ¿Cómo van tus estudios?

— Hoy he leído quince libros de física nuclear. Podría comparecer ante la Comisión de Energía Atómica y darles cien lecciones que ellos ignoran.

— Eres muy estudiosa, Celie. No dejes de hacerlo. Necesitamos saber todavía mucho más.

— ¡Pero lo que tú haces no vale! o tengo que buscar los libros y leerlos.

— ¡Los miras únicamente! Te falta práctica.

— Y tú puedes concentrar tu mente en las bibliotecas, por lejanas que estén, penetrando en los textos de los libros — pareció reconvenir Celie.

— Quisiera poder penetrar en las mentes de quienes los escribieron. Pero eso es muy complicado. He de seleccionar infinidad de pensamientos disparatados... No te preocupes, Celie. Tú también lo harás. ¿A dónde vamos esta noche?

— Quedamos en reconocer Marsella.

— ¿Crees que te gustará esa vieja población del sur de Francia, con sus muelles sucios, sus corsos y sicilianos, siempre vengativos y apegados a sus tradiciones seculares?

— Hemos de conocerlo todo y no puedo ir sola, Pete.

— Está bien. Vamos a Marsella, Celie.

Sólo tuvieron que cerrar los ojos y concentrarse...

* * *

El calor caía fuertemente sobre la población de la Cote d'Azur donde se materializaron los dos muchachos americanos, formándose sus cuerpos y sus prendas entre los vehículos de un aparcamiento.

Un gendarme había pasado en aquel momento por allí, sin ver a nadie, porque la canícula estival era de casi cuarenta grados de temperatura, y se volvió, sorprendido, al escuchar las risas de ambos jóvenes.

— ¡Eh! ¿Qué hacéis aquí? ¿De dónde habéis salido?

— Estábamos aquí, señor —replicó Pete, en francés, pero con

marcado acento americano.

— ¿Y qué hacéis, si se puede saber?

— Nada. Estábamos dando un paseo.

— ¿Turistas americanos?

— Sí.

—¡Ah, entiendo! ¿Y vuestros padres?

Celie estaba acostumbrada a mentir para salir de situaciones como aquella.

—Están en el «transoceánico» Long See. Es un buque de turismo. Venimos de Grecia.

—¡Ah, bien! El muelle está por allá…

CAPÍTULO II

El coronel Wong unió las manos, como si estuviese orando, y entornó los ojos. El hombre que estaba sentado delante de su mesa parecía asustado e inquieto.

Junto a la puerta, dos soldados chinos, armados con metralletas, permanecían impasibles.

Con los ojos cerrados, Wong habló lentamente:

— Vamos a ver, señor Mahal. Su nombre verdadero, antes de pedir asilo político en Rusia, ¿cuál era?

— Mi nombre verdadero es Mohamed Mahal... Nací en El Cairo.

— Por favor — Wong abrió los oblicuos ojos al otro —. Por ahí no vamos bien. Sé que se llama usted Alberad Bachdí, es médico, nació en Rabat y estuvo estudiando en Nueva York.

El hombre que se hacía llamar Mohamed Mahal se estremeció. El terror le dominó y su primer gesto fue instintivo. Quiso levantarse y huir. Sin embargo, al volver el rostro y ver a los dos soldados armados, se contuvo.

Aquello era una trampa de la policía secreta china.

¡Todo había sido una trampa astuta! La invitación al Congreso de Medicina Mental de Pekín fue una argucia para atraerle desde Moscú, donde había estado trabajando en el Hospital Vorodin.

— ¿Cómo le habían descubierto?

Pero esto era lo que menos le inquietaba ya. ¿Qué pensaban hacer con él? ¿Le devolverían a los Estados Unidos?

Los oblicuos ojos del coronel Wong parecían dardos incisivos en aquel momento que horadaban sus más ocultos pensamientos.

— ¿Es usted Alyberad Bachdí?

— Sí — afirmó el hombre que años atrás fuese ayudante del doctor Kramo.

— Éste es usted, ¿verdad?

El coronel Wong sonrió, abriendo un cajón de su mesa y sacando una fotografía de gran tamaño.

— Sí — Bachdí estaba totalmente indefenso.

— ¿Cuántos años tenía usted entonces?

— Treinta.

— ¿Y ahora?

— Cuarenta y siete.

— Han transcurrido, pues, diecisiete años desde que estuvo usted en Nueva York, ¿no es así?

— Sí.

— ¿Qué hizo usted allí? ¿Por qué salió clandestinamente de los Estados Unidos y pidió asilo político, con nombre supuesto, en la Unión Soviética?

— No quería vivir en Occidente.

El coronel Wong era un hombre sagaz y penetrante. Sabía que Bachdí estaba vencido y lo diría todo. Pero él necesitaba hacer ciertas concesiones para no acorralarle demasiado. Si en el interrogatorio se asustaba, podría encerrarse en una actitud poco favorable.

— Eso no basta, señor Mahal. Porque una cosa no nos guste, no vamos a huir de ello, cambiándonos el nombre y ocultándonos. Usted debió hacer algo allí, para que ahora se mueva el Departamento de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos.

Bachdí se estremeció de nuevo.

— ¿Han pedido mi extradición?

— Nos han pedido que le busquemos. Nosotros lo hemos hecho, en colaboración con nuestros amigos de Moscú, y le hemos hecho venir aquí. No queremos que en Occidente sepan aún que le hemos localizado... ¡Nos interesa saber antes por qué le reclaman los americanos!

— ¡Yo no quiero volver a los Estados Unidos! — casi gritó Bachdí.

— ¿Por qué no? Nosotros le dimos asilo político creyéndole un hombre digno. Ha cumplido usted bien su trabajo en el hospital Vorodin. No deseamos entregarle a nuestros enemigos... Pero tenemos convenios firmados con ellos y los acuerdos se deben cumplir. Favor con favor se paga.

El coronel Wong sabía ser persuasivo. Estaba llegando ya al fondo de la cuestión y no quiso precipitarse demasiado. El hombre que tenía delante estaba a punto de claudicar.

— Si le digo toda la verdad, ¿no me enviarán a los Estados Unidos? — preguntó Bachdí.

— Depende de qué verdad sea. Adivino que hizo usted algo cuando estuvo allá y ahora quieren saber dónde se encuentra usted. A nosotros también nos interesa todo lo que pasa fuera de nuestras fronteras. Y cuando el enemigo muestra interés por alguien, nosotros queremos saber la causa.

«No puedo asegurarle nada, como comprenderá. Pero si colabora usted sinceramente con nosotros, podemos ayudarle. Con decir al Departamento de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos que no hemos podido localizarle, asunto concluido. ¿Me entiende?

«Por ese motivo fue usted invitado al Congreso de Medicina Mental. Como usted, han acudido mil siquiatras y neurólogos. Es

normal. En la Unión Soviética habrían tenido que cumplir con los americanos. Aquí es distinto. Nosotros actuamos de otra manera.

Bachdí sabía que el coronel Wong tenía razón. El mundo estaba dividido en dos bandos. Dentro del grupo oriental, la Unión Soviética era un mundo y China era otro mundo; y, aunque formaban en el bloque común frente a occidente, sus políticas eran distintas. De China siempre se había temido el enfrentamiento final. El antiguo Celeste Imperio era una potencia militar de primer orden, con fronteras muy bien protegidas por una red de alerta y otra defensiva, provista de bases de lanzamiento de proyectiles intercontinentales, y agentes secretos activísimos en todo el mundo.

Sin embargo, se había dicho que la guerra atómica sería espacial. La Luna vería el futro enfrentamiento militar. Y en La Luna los chinos no tenían bases militares. Los que vencieran en la Luna, dominarían después la Tierra.

Bachdí no quería ser enviado a los Estados Unidos. Temía que todo hubiera sido descubierto y que se llevase en secreto. A Marcelo no podían hacerle nada, porque estaba muerto. Pero él y el doctor Kramo, si es que aún vivía, podían ser juzgados y ejecutados.

El miedo le hizo hablar y explicar toda la verdad.

— Cuando me licencié en la Facultad de Medicina, me uní al doctor Alex Kramo, que había sido profesor mío. Estuvimos realizando una atrevida experiencia con hormonas cerebrales. Para ello necesitábamos niños recién nacidos. La hija del doctor Kramo, de once años, murió a consecuencias de los ensayos. Ello nos hizo comprender que era necesario disponer de cerebros en embrión.

»Y robamos a seis bebés del Centro de Maternología del Bellevue Hospital, para probar la «indoicaína» descubierta por el doctor Kramo. Cuatro de aquellos seis niños murieron. También murió mi compañero Marcelo Châtre a consecuencias de un accidente de tráfico.

«Aquello me desmoralizó. El doctor Kramo estaba casi en la ruina. Yo tuve miedo y le dejé, regresando a Marruecos, donde tampoco me sentía seguro, porque si se descubría lo que habíamos hecho, las autoridades norteamericanas me reclamarían.

»Por eso decidí cambiar de nombre y poner más distancia por medio. Con el tiempo transcurrido, creí que el asunto habría sido olvidado totalmente.

— Lógicamente, así debe ser. Pero los americanos están intentando averiguar dónde se encuentra usted y sus razones tendrán para ello. Por lo tanto, doctor Mahal, va a permanecer usted a nuestro cuidado. No debe temer nada. Estará usted bien atendido y en lugar seguro.

«Mientras, nuestros agentes secretos en el extranjero intentarán

sondear el asunto y averiguar para qué le quieren ahora los yanquis. Se nos ha ocurrido pensar, y empiezo a tener la certeza, de que hicieron ustedes algo importante, que, tal vez, esté relacionado con el experimento que pretendían realizar.

»Y de esa cuestión hablará usted con nuestros especialistas. Quiero que sepa que en la nueva China, todos los trabajos de investigación importantes, se efectúan de acuerdo con nuestras comisiones científicas. Si el Comité de Investigaciones Médicas considera que su proyecto es interesante, se le facilitarán los medios necesarios. Aquí no es necesario robar niños para ensayar con ellos. Podemos facilitarle millones de niños en cualquier momento… ¡China es el paraíso de los niños!

— Entonces, ¿estoy detenido? — quiso saber Bachdí.

— ¡Oh, no! Únicamente, protegido por nosotros, hasta que se averigüe para qué le quieren los americanos.

— ¿Y no me entregarán a ellos, para ser juzgado?

— ¡Naturalmente que no! — replicó el coronel Wong, sonriendo —. ¿Para qué le habríamos traído, pues, desde Moscú?

* * *

El pelirrojo y desvergonzado Moxy Luke abrió la puerta de la habitación que compartía con Pete Kramo y se encontró ante el enojado director del reformatorio.

— ¿Qué se le ofrece, «dire»? — preguntó el joven granuja, con desparpajo.

Pearson miró hacia la litera de Pete. Una sábana cubría enteramente el cuerpo tendido en la litera.

— Quiero hablar con Pete.

— Lo siento, «dire». Pete se ha «ido».

— ¿Cómo que se ha ido? ¡Le estoy viendo ahí!

— Ahí está su cuerpo. Pero Pete se ha «ido».

Henry Pearson entró en la estancia y se acercó al lecho, agarrando la sábana y alzándola. Pete Kramo apareció ante él, con los ojos cerrados, completamente inmóvil, rígido igual que si estuviese muerto.

La visión impresionó a Henry Pearson, que retrocedió unos pasos, dejando caer la sábana.

— ¿Qué le ocurre?

— Está en la Unión Soviética.

— Pero… — Pearson hubo de sentarse en una butaca. Había oído decir que Pete Kramo era capaz de autoteleportarse a lejanas

distancias, pero jamás lo había comprendido.

«Miss» Suzy Clermont acababa de llamarle por visófono desde el Instituto de Protección Femenino, diciéndole que Celie Kramo estaba en estado de aparente catalepsia. La joven había ordenado que nadie la molestase, «porque tenía que viajar con Pete».

— ¡Y Pete se encontraba en el mismo estado que su hermana!

— ¿Está muerto? — preguntó Pearson.

— ¡Qué va a estar muerto! Hace esto con frecuencia. Me dice: «Que no me moleste nadie. Moxy. Me voy de viaje». Y se va. Se tiende ahí y así se queda. Yo le cubro siempre con la sábana. A veces está unas horas. Otras se está varios días. Nunca sé cuándo vuelve.

— Pero… ¡eso es absurdo! —exclamó Pearson.

— ¿Absurdo? ¿De qué se extraña usted? ¿Todavía cree usted que es igual que nosotros? ¡Ni soñarlo, amigo! Pete es algo especial, único. Yo no lo entiendo, pero sé que es cierto. Lo que Pete puede hacer con la memoria no lo he visto yo hacer ni en el circo.,.. Mire alrededor. Todo esto lo ha traído él.

La estancia que Moxy Luke compartía con Pete Kramo era una habitación cuadrada, de regulares dimensiones, amueblada en origen con dos literas un pequeño armario y una mesa de noche. Ahora, sin embargo, aquello parecía un bazar de lo más insólito. Había televisor, frigorífico, prendas de mesa de todas clases, cajas de cerveza y licores, pasteles, canapés, una mesa en la que no cabía nada más y donde podían verse los más exóticos frutos y las botellas más raras. Platos con alimentos extraños, sin consumir, tabacos extranjeros, libros, herramientas, extraños aparatos electrónicos. ¡Y hasta un perro dormido en un rincón!

Desde luego, Pearson sabía aquello. Pero no lograba entender cómo Pete traía todo lo que se le antojaba.

— Si está ahí, ¿cómo puede estar en otra parte?

— Pues está. Él me lo ha dicho. Y me trae fotografías de los lugares que visita… Véalo usted mismo — Moxy tomó de una silla un puñado de fotografías en color, donde aparecían Celie y Pete Kramo, con distintas ropas y en diferentes paisajes—. Roma… Zagreb… Berlín… Estas fotos se las hicieron la semana pasada, en Escocia. Compran una cámara, se retratan, viajan, comen y duermen… ¡Y luego regresan aquí, de donde sus cuerpos no se han movido!

— ¡Pero si están aquí no pueden estar allí, ni pueden retratarse! — gritó Pearson.

— Usted no lo entiende. Yo tampoco lo entiendo. Nadie lo entendería. ¿Para qué preocuparse, pues?

La simplicidad de Moxy Luke era desconcertante. Aceptaba las

cosas tal y como eran. La realidad, para él, sólo tenía un sentido: ante lo inexplicable, era mejor encogerse de hombros. Por otra parte, la predilección que Pete sentía hacia él le producía numerosas ventajas. Jamás, ni siquiera en los breves períodos de tiempo que estuvo en libertad, había disfrutado de tantos placeres como compartiendo la habitación con Pete.

— La ley quiere que Pete esté aquí. Antes, cuando tenía menos poder, se escapaba. Ahora, ya no es necesario burlar la vigilancia o hipnotizar a los guardianes. Se tiende ahí y se va. Y me ha asegurado que, dentro de unos años, podrá llevarme con él.

— ¿Llevarte con él? — exclamó Pearson.

— Sí. Yo me tenderé aquí — Moxy apartó algunos libros y revistas de su litera y se dejó caer—. Así. Cerraré los ojos y al abrirlos estaré en otro lugar.

— ¡Es inconcebible!

El joven y pícaro pelirrojo se levantó, tomando una botella oscura que había sobre la revuelta mesa.

— Inconcebible o como usted quiera, pero este vino de jerez es auténtico. ¿Quiere probarlo?

Moxy sirvió una copa al director del reformatorio y se la dio. Pearson la tomó y bebió. Era delicioso.

— Auténtico vino fino de jerez, «diré». Y ha venido por el aire, del otro lado del mundo.

— Lo que hace Pete es robar.

— ¡Qué tontería, «dire»! ¿Cómo se atreve a decir eso? ¿Qué fiscal puede acusar a Pete de ir a Andalucía, tomar una botella de un enorme almacén y volver, sin haberse movido de aquí? ¿Es eso un robo?

— ¡Pero allá han perdido una botella de vino, o un televisor, o un cubierto de mil dólares!

— Pete se trae las cosas sin que le vean.

— Pero ¿desaparecen estas cosas de donde estaban?

— Sí, naturalmente. ¿Quiere que se traiga al señor presidente? Pues lo hace... ¡Vaya que si lo hace! La fuerza que tiene Pete en la cabeza, no la tiene nadie.

— ¿Cómo? ¿Cómo? — gritó Pearson—. ¡Es imposible hacer eso! ¡Es desafiar todas las leyes naturales! ¡Son objetos sólidos, poseen una calidad, un peso, una forma! ¿Tú los has visto llegar?

—Sí, todos los días. Pete cierra los ojos y «se va» un instante. Cuando «regresa», el objeto aparece a continuación.

— ¿Lo trae él?

— Sí.

— ¿Y ese frigorífico?

— Lo necesitábamos para conservar los alimentos.

— ¡Pero eso no ha podido venir volando del lugar en que estaba!

— No viene volando. Desaparece donde estaba y aparece aquí en el mismo instante.

— ¡Basta! —exclamó Henry Pearson, llevándose las manos a la cabeza—. No lo entenderé, ¡ni siquiera viéndolo!

— Pues es muy fácil — replicó Moxy, sin dejar de sonreír—. Es lo que se dice un mago.

— ¡Hace muchos años que dejé de creer en la magia, Moxy! Ahora, lo importante es que yo hable con Pete.

— ¿Para qué?

— El gobierno ha enviado a un individuo que llegará esta tarde. Es un asunto altamente secreto, de vital importancia. Parece ser que el Presidente Holmen quiere saber algo de su caso.

— ¡Hum! No puede usted dejar que entre nadie aquí mientras él está afuera. Tendrán que espe…

El cuerpo inerte de Pete Kramo se agitó en aquel mismo instante, y de su garganta se escapó un suspiro. Inmediatamente, la sábana que lo cubría se agitó y apareció su rostro tras ella, al incorporarse.

— ¡Uf, qué justo nos ha ido!

— ¡Pete! ¿Qué te ocurre? — preguntó Pearson.

— Nos perseguía la policía soviética. Apenas si nos han dado tiempo para escondernos… ¿Qué hace usted aquí? ¿A qué ha venido? Quedamos en que yo le llamaría cuando le necesitara.

— Va a venir un hombre del gobierno, Pete. Le envía el Presidente.

Quieren hablar contigo.

— Lo suponía. Tanto Celie como yo hemos cometido muchas tonterías. Bueno, procuraremos solucionar el asunto. No se preocupe usted — Pete se pasó la mano por la frente, pensativo—. Tenemos una pista importante que nos puede llevar hasta Bachdí.

— ¿Sí? — exclamó Moxy Luke, interesado—. ¿Dónde está?

— Estaba en Moscú. Se había ocultado allí, con nombre supuesto. Pero se fue a Pekín, a un congreso médico.

— ¿Cómo lo habéis averiguado?

— Hemos estado en el Hospital Vorodin, donde Bachdí tiene su alojamiento. Incluso hemos encontrado sus papeles y documentos. Ahora se hace llamar Mohamed Mahal, pero sabemos de cierto que es Bachdí.

— ¿Qué piensas hacer?

— Ir a China. Necesitamos encontrarle.

— ¿Cuándo piensas ir? — preguntó Moxy.

— Dentro de unos días. Celie y yo necesitamos reponernos un poco. Fuimos sorprendidos al huir del Hospital Vorodin. Habían policías vigilando el apartamiento de Bachdí. Y eso es extraño. Si se ha ido a un congreso médico, ¿por qué tenían que vigilar su alojamiento?

Pete miró a Henry Pearson.

— ¿Para qué quiere verme ese hombre del gobierno?

— No me lo han dicho. Sólo me han comunicado que permita la entrada al Reformatorio al señor Bill Harrison, oficial de inteligencia de la Presidencia del Gobierno.

— ¿Cuándo llegará ese hombre?

— Esta tarde.

— Quiero que venga Celie. Usted irá a Pasadena a buscarla, en su coche.

— ¿Y por qué no viene ella?

— Acabamos de realizar un largo viaje y no puede autoteleportarse. Ha de recobrar energías. Vaya usted a buscarla. Estoy seguro de que se acercan grandes acontecimientos, señor Pearson... ¡Puede que pronto sea usted gobernador del estado de California, como le prometí!

— ¡Iré a buscar a Celie!

CAPÍTULO III

En esta ocasión, Pete y Celie Kramo realizaron el viaje real a bordo de un «superjet», de las fuerzas aéreas, acompañados por el coronel William Harrison.

A ambos los habían ido a buscar a los centros donde estaban asistidos. Fue el propio Bill Harrison quien los recogió, a ellos y a sus equipajes, trasladándolos en un moderno automóvil, hasta el aeródromo militar de Los Ángeles.

En pocas horas estuvieron en Washington, donde les aguardaba otro automóvil. Esta vez, como diplomáticos extranjeros, agentes del servicio secreto les dieron escolta hasta la Casablanca, donde les condujeron sin pérdida de tiempo al despacho particular del Presidente Holmen.

El primer magistrado de la nación, vestido sencillamente de negro, les estrechó la mano y les invitó a sentarse en un sofá de cuero. Harrison se sentó en una butaca y el presidente lo hizo en otra, delante de ambos jóvenes.

— Estoy encantado de conoceros, muchachos. Me han contado cosas asombrosas de vosotros y, naturalmente, no he creído nada. Es demasiado extraño, demasiado increíble...

— Lo siento, señor presidente — habló Pete, dignamente—. Debe usted creerlo. Le aseguro que no es culpa nuestra, pero es cierto.

— ¿Cierto? —preguntó James D. Holman, mirando primero a los dos muchachos y luego al coronel Harrison.

El oficial del servicio secreto asintió con la cabeza y dijo:

— Lo que he visto hacer a estos muchachos no es para ser creído, señor presidente.

— ¿Qué ha visto hacer usted?

— Con la mirada, Pete Kramo ha revuelto todo un despacho, desplazando los objetos y los muebles de su sitio, abriendo y cerrando cajones, puertas y ventanas, encendiendo y apagando las luces... Por favor, Pete; demuestra al señor presidente cuál es tu fuerza mental.

— Sí, señor Harrison. Con su permiso, señor presidente— habló Pete, casi con acento humilde—, voy a permitirme hacerle salir de esta sala. No tema, porque volverá usted dentro de unos minutos. Le voy a instalar en uno de los coches que tiene usted en el garaje.

No había terminado de hablar Pete, cuando el Presidente de los Estados Unidos, tras haber sentido como un ligero temblor en su

médula espinal, se halló sentado en el coche blindado que había en el garaje de la Casablanca. Dos mecánicos y dos soldados de la guardia personal, estaban cerca de la puerta, discutiendo cerca de una película que vieron todos la víspera en la televisión.

— ...Glenda Hunter no fue la que se arrojó del helicotaxi — decía un mecánico, con vehemencia—. La cinta fue rodada en directo. ¿Crees que iban a tirar a la artista desde el aparato?

— ¿Qué tiraron, pues?

— Una figura accionada por control de radio. Es un maniquí articulado...

James D. Holmen, sobrecogido, no osaba moverse de su asiento. Estaba como aterido de frío.

Y, de pronto, otro estremecimiento recorrió su espina dorsal, para encontrarse de nuevo en su despacho, en la misma actitud que tenía cuando se desvaneció. Pete Kramo estaba sonriendo. Su «hermana», en cambio, estaba muy seria.

— No ha sido un truco, señor presidente — habló Harrison—. ¡Se ha ido usted y ha vuelto!

— ¿Cómo lo has hecho, jovencito?

— Con el poder de mi mente — contestó Pete, tocándose la cabeza.

— ¿Y cómo has adquirido ese poder?

— Verá usted. Sabemos, por deducción, más que por otro motivo, que el doctor Kramo y dos ayudantes que tenía hace dieciséis años, cuando nosotros nacimos, nos sacaron de un hospital de Nueva York. Fuimos seis niños, tres varones y tres hembras.

— Efectivamente — intervino Bill Harrison—. He consultado esos datos y son exactos.

— Yo también recuerdo la desaparición de los seis niños del Bellevue Hospital, hace quince o dieciséis años — observó el Presidente.

— Nos sometieron a un tratamiento hormonal, descubierto por el doctor Kramo. Creemos que los otros bebés debieron de perecer en la prueba. Es lógico que así fuera, porque no tenemos «contactos» con ellos. Además, el doctor Kramo suspendió la experiencia, trasladándose con nosotros a Los Ángeles, donde murió, cinco años más tarde.

»Uno de los ayudantes del doctor Kramo, murió. El otro debió regresar a su país y como tenía miedo de ser descubierto, se cambió de nombre y pidió asilo en la Unión Soviética.

El Presidente Holmen frunció ligeramente el ceño.

— ¿Sabéis dónde está ese individuo?

— No, señor — contestó Celie, hablando por vez primera—. Al

enterarnos del nombre que utiliza en la actualidad, fuimos a Moscú. Estuvimos en el Hospital Vorodin, y logramos indentificarle. Pero había marchado a un congreso que se celebra en Pekín.

— ¿Para qué queréis encontrar a ese hombre?

Pete Kramo vaciló antes de responder. Al fin, dijo:

— Por varios motivos, señor presidente. En primer lugar, queremos establecer, sin lugar a dudas, nuestro auténtico origen. Fuimos robados del Bellevue Hospital, pero no hemos podido establecer el parentesco con ninguna de las madres a las que desaparecieron sus hijos.

»Esa cuestión es importante para nosotros. No somos hermanos. Pero seis madres perdieron sus hijos. Celie y yo pertenecemos a dos de esas seis mujeres. Y en nuestra razón, aunque sólo viven cinco de ellas, no hay indicios de parentesco con ninguna. Es muy extraño, dado que nuestro poder mental puede profundizar incluso en el pasado.

»Creemos que Alberad Bachdí puede recordar algo respecto a nuestro origen. Nosotros teníamos que llevar unas placas de identificación.

»Por otra parte, está la cuestión científica e importante de saber exactamente cómo fuimos tratados para que ahora poseamos esta rara inteligencia. El doctor Kramo realizó con nosotros un ensayo. Debía tener mucha fe en su experimento, puesto que sacrificó a su propia hija.

— Sé que trabajaron con «neurohormonas» — intervino Celie—. He estudiado profundamente todo lo referente a las teorías del desarrollo magnéticomental de hace quince o veinte años. Pero sabemos qué clase de tratamiento se nos aplicó.

— Averiguar todo eso es importante, señor presidente— medió Bill Harrison.

— Me doy perfecta cuenta. Lo que me asombra es que no hayamos sabido nada de este asunto hasta ahora. ¿Desde cuándo poseéis esas cualidades?

— Nos hemos ido dando cuenta a medida que hemos crecido. Una especial atracción me ha unido siempre con Celie — dijo Pete—. Esa es la causa de mi aparente rebeldía en todos los lugares que el Tribunal Tutelar de Menores me ha tenido. Necesitaba ver a Celie y escapaba. Luego, mi fuerte deseo de huir hizo que pudiera salir quedándome. Pero este descubrimiento es reciente. Hace un año, poco más o menos, que podemos viajar físicamente sin movernos del sitio donde estamos. Perfeccionando este procedimiento. James D. Holmen, cuadragésimo sexto presidente de los Estados Unidos, jefe político de

Occidente por el Acuerdo Universal de París, del año Espacial de 2001, y presidente de las Naciones Unidas, de Occidente, en las que se agrupaban todos los países de América y gran número de europeos y africanos, jamás se había encontrado ante un caso como aquél.

Su formación filosófica, técnica, política y económica — pues Holmen era ingeniero, economista y político— jamás había creído que un miembro de la raza humana tuviera el poder mental que poseía Pete Kramo.

Inmediatamente a la sorpresa y el aturdimiento, concibió la inmensa utilidad que los hermanos Kramo llevaban consigo. Y no pudo por menos que decir:

— Es indudable que vosotros dos sois mejores presidentes que yo.

— Es indudable — corroboró Bill Harrison, sonriendo—. Pero el presidente es usted. Y lo que me inquieta es que en Oriente sepan algo de esto.

— ¡No, Bill! —gritó Holmen—. Si se filtra siquiera una noticia de esto y se enteran Sosva o Chin Hwang, haré encarcelar para toda la vida al responsable.

— Apacígüese, señor presidente — contestó Harrison, sin inmutarse —. Mucho me temo que ya sea demasiado tarde. Pete y Celie Kramo han estado en Moscú.

— ¿Cómo?

Fue preciso explicar a Holmen lo que había ocurrido y el papel que Alberad Bachdí jugaba en todo aquello.

— Ellos no van a ser más tontos que nosotros, Husmearán con todas sus fuerzas, para averiguar la verdad, ¡si es que no la saben ya! Bachdí en manos de gentes como Wong o Boris Garkoff será cera moldeable.

— ¡Hay que contrarrestar inmediatamente a esa gente, Bill! ¿Es que no se da cuenta? — pareció gemir el presidente.

— Naturalmente que me he dado cuenta. Pero, ¿qué puedo hacer? Le he traído a Pete y Celie. Desde este momento, estarán ambos bajo mis cuidados especiales.

— Nosotros no necesitamos cuidados — replicó Pete, dignamente.

— Sí, Pete. Te entiendo. Pero la importancia de vuestras mentes es ya de interés universal. Ni siquiera vosotros os pertenecéis.

— ¡Ah, eso no! —exclamó Celie, poniéndose en pie—. Ni Pete ni yo serviremos para manejos políticos. Tenemos ideas claras al respecto.

— ¿Sois americanos o no? — preguntó el presidente.

— Sí, somos americanos. Pero lo que hay en nuestros cerebros pertenece a toda la humanidad — se explicó Pete, lentamente—. Y

estamos dispuestos a ofrecer todo lo que sabemos a nuestros semejantes.

— Los orientales también son seres humanos — señaló Harrison.

— Les ayudaremos en todo lo que esté en nuestro alcance.

Holmen frunció el ceño.

— Despacio Pete Kramo. Oriente es una gran asociación política que, frente a nosotros, equilibramos el mundo. Hace tiempo que nos respetamos por temor al aniquilamiento total.

— Nosotros evitaremos ese aniquilamiento, si es preciso — apuntó Celie.

— Eso es lo que queremos todos — añadió el presidente—. Pero si uno de los dos bandos encuentra el modo infalible de vencer al mundo, desaparecerá el peligro. Si podemos neutralizar sus defensas, en diez segundos podemos aniquilarlos o anularlos... ¡Y vosotros dos sois la mejor arma secreta que la providencia podía poner en nuestras manos!

— Lo siento, señor presidente — contestó Pete—. Apéese usted de su nube de ensueño. Ni Celie ni yo nos prestaremos a causar el más mínimo daño a los orientales.

— ¿Ni en el caso de que ellos quieran hacérnoslo nosotros?

— Ellos no lo harán.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque nosotros podemos evitarlo — fue la seca contestación de Pete, mirando fijamente al Presidente —. Atienda, señor. Nosotros podemos saber, en todo momento, las intenciones de los orientales. Con un solo pensamiento, podemos traernos aquí a todos los jefes de sus organizaciones políticas y militares, del mismo modo que podemos neutralizar a todos los jefes del Pentágono y de la Red de Alerta. Eso está por descontado. Inclinarnos a favor de un bando, es exterminar al otro.

— ¡Pues eso debemos hacer, antes de que ellos encuentren el modo de exterminarnos a nosotros! —exclamó James D. Holmen.

— No lo haremos. Precisamente, lo que debemos -hacer es prolongar indefinidamente ese equilibrio — dijo Celie.

— ¡Y continuaremos viviendo en la incertidumbre, en la angustia, en la duda!

— Eso que usted dice es lo correcto, señor presidente. Los seres humanos no podemos pensar todos igual. Cada hombre o mujer está en este mundo de paso. Somos transeúntes que venimos de no sabemos dónde y vamos a tampoco sabemos dónde. Sólo sabemos que estamos aquí y que debemos vivir cierto número de años, de acuerdo con nuestras conciencias.

»Hemos de ser libres para elegir cada uno lo que nos conviene. Los que piensan que oriente es mejor que occidente, pueden elegir las doctrinas de allá. Y los que crean que occidente es mejor que oriente, pueden quedarse con nosotros.

»Eso es justo. Eso es democracia, incluso para el comunismo. Nosotros somos demócratas y lo somos hasta con nuestros adversarios. Si la democracia fuese el único sistema político en el mundo entero, la aberración sería universal, porque nadie podría elegir.

Y de eso a la tiranía de una idea sobre las demás ideas, no habría más que un paso.

— De acuerdo, jovencito — exclamó Holden, con una sonrisa de triunfo —. Acepto eso. Somos demócratas y no podemos imponer nuestras doctrinas al comunismo. ¡Pero ellos sí que nos las impondrían a nosotros, de buen grado o a la fuerza!

— Aplicando la misma teoría, pero a la inversa, si nosotros estuviésemos en Moscú o Pekín, diríamos a sus dirigentes políticos lo mismo que le decimos a usted: la humanidad ha de ser libre. Los pueblos se han de regir por sus propias leyes, votadas y aceptadas por todos. Y nadie puede considerarse superior a los demás, porque Dios nos ha hecho a todos iguales.

— ¿Sois vosotros iguales a nosotros? — preguntó Holden, triunfante.

La réplica de Pete Kramo fue rápida y tajante:

— Buscamos a Alberad Bachdí para que nos dé la fórmula que se empleó con nosotros. Era acertada. Y nuestro deseo, señor presidente, es que todos los niños del mundo, orientales y occidentales, sean tratados como fuimos tratados nosotros. Ésa es la única fórmula para que la humanidad continúe viviendo.

»Y le advierto que si lo conseguimos, dentro de algunos años, nuestra raza habrá conquistado el universo entero, porque el poder de la mente de la humanidad entera, será omnipotente.

James D. Holmen comprendió que jamás había escuchado una verdad más justa y auténtica. La Humanidad, raza de «homos super sapiens», para orgullo de todos y mayor gloria de Dios, su Creador absoluto.

* * *

Sergei Andrevitch había vivido treinta y dos años en los Estados Unidos. Era uno de los mejores agentes chinos y jamás había sido utilizado por los servicios exteriores secretos que dirigía el coronel Wong.

Ahora, Sergei, con el nombre de Mike Williams, había recibido la orden de salir de su ostracismo y ponerse al trabajo. Como él, más de doscientos agentes chinos y soviéticos, se movían ya por los Estados Unidos, con la misión concreta y específica de localizar a Alex Kramo y reunir todo lo que tuviese relación con él.

Una serie de extrañas circunstancias habían llevado a Sergei al Instituto de Protección Femenina, dependiente del Tribunal Tutelar de Menores de California.

Suzy Clermont recibió a Sergei en su despacho y encontró en él al príncipe azul que toda mujer soltera ha estado esperando desde los dieciséis años. Suzy, pues, esperaba a alguien así desde hacía doce años. Inmediatamente, su corazón se alborotó y ya no tuvo ojos más que para el apuesto «Mike Williams», a quien la soltera funcionaría no le afectó en absoluto, pero en la que vio una pirámide de posibilidades.

— Tengo entendido que se encuentra aquí la hija del doctor Alex Kramo, ¿no es verdad? — preguntó Sergei.

— Sí, aunque hace unos días que está en Washington. No puede usted verla y lo siento infinito, porque es una criatura extraordinaria.

— ¿Tiene un hermano?

— Sí. Estaba en el Reformatorio Juvenil de San Gabriel. Pero también ha sido llevado a Washington — declaró «Miss» Clermont, obsequiosa.

— ¡Lástima! Me hubiese gustado verles y hablarles. Trabajo para el «Sun Daily», de Londres. Soy corresponsal en Nueva York. He recibido órdenes de entrevistar a esos dos muchachos y averiguar su historia.

— Yo se la puedo contar. Pero... ¡No podrá usted escribir nada acerca de ellos!

— ¿No? ¿Y eso?

— Prohibición oficial. El coronel Harrison me dije que no debía decir ni una palabra a la prensa.

— En tal caso... — Sergei sonrió de modo turbador —. No debo mezclarme en este asunto. Enviaré un «télex» al «Sun» diciéndoles que hay veda. ¿Qué es lo que ocurre con estos jóvenes? ¿Puedo saberlo a título de curiosidad personal?

— ¡Oh, no! — Suzy Clermont hizo una mueca «oficial» y luego sonrió particularmente—. No me fío en absoluto de los periodistas.

— ¿Y si Mike Williams le da a usted su palabra de caballero de no escribir sobre el caso, cree que cenando esta noche en el «Buglix» puedo satisfacer mi curiosidad, ya que no la de los lectores ingleses?

— Es usted muy obstinado, señor Williams. ¿Qué es el «Buglix»?

— Un local de moda que han inaugurado en Baverly Hill. Me he

enterado al llegar esta mañana en el avión cohete de Nueva York.

— Me resulta usted simpático, señor Williams. Y no hay ninguna disposición oficial que impida a una funcionaria del departamento de justicia cenar con un periodista inglés.

— ¿Acepta, pues?

— Y le explicaré cosas increíbles de Celie Kramo… ¡a condición de que nada publique el «Sun»!

Sergei Andrevitch se llevó la mano sobre el corazón y respondió, solemnemente:

— Secreto oficial. El «Sun» no sabrá una palabra. Pero ¿y cuando se levante el secreto oficial?

— Si está usted en contacto conmigo, será el primero en saberlo todo. Le reservaré mi particular exclusiva. Celie Kramo ha vivido aquí doce años.

— ¿No era usted muy niña para regentar esto, hace doce años? — galanteó Sergei, hábilmente.

— Sólo hace seis años que estoy aquí. Antes de eso, Celie ni siquiera sabía lo que era capaz de hacer. Y Pete Kramo se andaba escapando de todos los asilos de menores… ¡Oh, perdone! He hablado demasiado.

Sergei sonrió y se puso en pie.

— ¿A qué hora paso a buscarla? ¿Le va bien a las nueve?

— Perfectamente, señor Williams.

— Puede usted llamarme Mike.

— Y usted a mí Suzy.

Sergei se llevó la mano de «Miss» Clermont a los labios, hizo una reverencia y abandonó el despacho.

Media hora después, a través de un tipo de ondas de frecuencia ultra especial, Sergei informaba al coronel Wong, en Pekín, de haber establecido un «contacto» importante.

Aquella misma tarde, Sergei recibía a su vez instrucciones específicas sobre su misión, que, desde aquel instante, se vería reforzada con la ayuda de cincuenta de los mejores agentes chinos en los Estados Unidos.

¡Oriente se disponía a presentar batalla a Occidente!

CAPÍTULO IV

En un laboratorio militar de la República Popular China, subterráneo y secretísimo, Alberad Bachdí sacrificó más de cien bebés recién nacidos, pretendiendo hallar la fórmula de la «indoicaína».

Al final, desesperado ante varios meses de fracasos, llamó al coronel Wong, quien no tardó en presentarse en el laboratorio.

— ¿Qué ocurre, Bachdí? — preguntó aquella eminencia gris de los servicios secretos chinos.

— ¡Todo es inútil! ¡Estamos matando criaturas a mansalva y no consigo la fórmula!

— Usted la sabía.

— ¡No, se lo dije! Yo conocía los ingredientes que el doctor Kramo combinó entre sí para administrar a los bebés con los alimentos lactantes. Y le dije también que los dos primeros grupos de bebés murieron. Ignoro absolutamente lo que fue de los otros dos bebés. Cuando yo me fui de Nueva York, estaban vivos, pero ello era debido a que el doctor Kramo suspendió el tratamiento. Además, a los últimos se les administró una dosis muy pequeña.

— Administre a los bebés pequeñas dosis.

— Lo he hecho... Y no he conseguido nada. Ni siquiera sé si la fórmula es correcta. La desoladora verdad es que todos los bebés que he tratado, han muerto, incluso los que han tomado menos cantidad de «indoicaína». El secreto está en esa neurohormona». Quizá, Kramo no quiso darnos la fórmula exacta.

El coronel Wong era un hombre de una prodigiosa memoria. Y de los informes que había recibido, procedentes de sus agentes en los Estados Unidos, dio una información a Bachdí:

— El doctor Kramo murió hace doce años. Todo cuanto tenía en su casa desapareció al morir él. Se ha investigado meticulosamente. No hubieron papeles después de la limpieza que se hizo. Se vendieron sus libros y muebles y todo lo que quedó suelto, se quemó. Quizás tenía sus fórmulas en algún libro de notas. No se ha podido hallar nada.

— Pues nada podemos hacer — se lamentó Bachdí.

— Sí, hay que continuar. Pruebe de obtener una nueva «indoicaína». Esfuércese en recordar. Piense, rómpase la cabeza, porque no saldrá usted de aquí hasta que no lo haya conseguido.

— ¡No puede usted hacerme eso! ¡Estoy angustiado, siempre encerrado entre estas paredes de cemento armado! ¡No duermo, no

vivo, apenas como...! ¡Voy a volverme loco!

«Tienen que dejarme salir. Debo distraerme, olvidar esta locura. Así podría recordar algo que debe estar oculto en mi memoria.

— No puede usted salir. Lo siento. Tememos que pueda usted ser descubierto por los agentes enemigos que estarán actuando ya, del mismo modo que nosotros pretendemos conseguir a los dos supuestos hijos del doctor Kramo.

«Atienda, Bachdí. Debe comprender lo sumamente importante que es todo esto para nuestra política universal. Hay que adelantarse a los americanos en todo y por todo. Ellos tienen a los muchachos. No sabemos dónde, pero los tienen. Los han sacado de los asilos de huérfanos donde se encontraban y, prácticamente, han desaparecido. Nos será difícil dar con ellos, y si lo conseguimos, mucho más aún quitárselos. Yo conozco bien a los hombres del S.S., la C.I.A. y el «Black Control». Ellos, a su vez, nos conocen a nosotros. Ya deben saber que le tenemos a usted.

«Hemos movilizado nuestros mejores agentes, del mismo modo que ellos han movilizado a los suyos. Un fallo, un error, un descuido o una indiscreción, lo echaría todo a perder. Por eso no puede usted salir de aquí bajo ningún pretexto.

«Es nuestra mejor baza. Podemos llevar el asunto a la mesa de las conferencias y especular con usted, haciéndoles creer que tenemos la fórmula de Kramo y podemos crear millones de super hombres en poco tiempo.

»¿Se da usted cuenta de lo que eso significa? Ellos sólo tienen dos muchachos. Nosotros podemos hacerles creer que, por medio de usted, hemos producido miles. No tenemos otra solución, mientras tanto, que seguir experimentando. Tenemos todos los recién nacidos que sean precisos. Hay varios millones de madres a punto de dar a luz a varios millones de bebés, con los que puede usted experimentar incansablemente. Haga distintas combinaciones de «neurohormonas», pruebe todo lo que se pueda probar, tenga al corriente a sus colaboradores y que se compruebe y se anote meticulosamente todas las pruebas que realizan. Las computadoras se encargarán de ir averiguando cuando nos acercamos a la auténtica fórmula descubierta por el doctor Kramo.

—¡Pero haciendo eso tardaríamos años en conseguir algún resultado práctico!

— No nos importa el tiempo, doctor Bachdí.

— ¿Y hasta conseguir algo voy a permanecer aquí encerrado?

— Piense que trabaja por el bien de la humanidad.

Alberad Bachdí ya no respondió. Aquél era su fin. Había

comprendido lo que el coronel Wong y los dirigentes del gobierno querían de él. El Presidente de la República Popular China, Mariscal Chin Hwang, era un estadista matemático. El número de sus gobernados pasaba ya de los mil doscientos millones. Las fábricas alimenticias daban de comer a todos lo suficiente para que nadie muriera de hambre. El programa prometido años atrás, de que todos los chinos tendrían dos escudillas al día, se había cumplido.

Ahora, si todos los bebés chinos se convertían en superhombres o super mujeres, aunque perecieran nueve décimas partes de la población infantil actual, el programa era necesario.

Chin Hwang y sus correligionarios, como el coronel Wong, no habían contado con el alma musulmana y monoteísta de Alberad Bachdí, quien aquella misma noche se postró en su habitación, sobre una alfombrilla, de cara a la Meca, y estuvo conversando con Mahoma.

Lo que el Profeta le dijo, nadie lo supo jamás. Aquella misma noche, al acostarse, Bachdí ingirió una droga, de las muchas que poseía en el laboratorio que le habían concedido los chinos, y su muerte fue suave como si se hubiese dormido.

Al enterarse, el coronel Wong estuvo a punto de pegarse un tiro en la sien. No lo hizo y fue a informar a sus jefes del terrible fracaso.

Al final, muy pocas personas en la República Popular China supieron la verdad: Alberad Bachdí fue sumergido en un baño de ácido corrosivo y disuelto su cuerpo enteramente. Los que realizaron este trabajo mortuorio, murieron a su vez, «accidentalmente», y la pista se cortó.

¡Nadie, en el mundo entero, debía saber lo que había ocurrido con Bachdí! ¡El futuro de Oriente dependía de aquel riguroso secreto!

* * *

— ¡Es inútil, señor Harrison! —exclamó Pete Kramo—. No puedo localizarle. Parece como si no existiera. El instinto me ha llevado hasta el mismo Pekín. ¿No es así, Celie?

— Sí — asintió la muchacha, que estaba reclinada en una silla extensible, respirando algo entrecortadamente.

— ¡Hay que encontrarle! ¡Sé que le tienen los chinos! Hemos detenido a varios agentes y, aunque no nos dicen lo que buscan, sabemos que están detrás de vosotros... ¡Y Bachdí tiene que ser traído aquí!

Estaban en una sala de paredes metálicas, más protegidos que el tesoro de Fort Knox, con campos magnéticos exteriores, cubiertas

aislantes, antitérmicas, pasillos llenos de tropas, más puertas exteriores y en un terreno donde se simulaba estar haciendo experiencias atómicas, para que no se acercase nadie en muchas millas a la redonda.

El Presidente de los Estados Unidos había considerado a Pete y Celie como los jóvenes más importantes del mundo, y toda precaución era poca.

— Nos ocurre como con el doctor Kramo y Marcelo. Podríamos localizar a cualquier persona, incluso sin conocerla ni haberla visto nunca — siguió diciendo Pete—. Pero Bachdí no llega a nosotros.

— Y lo extraño es que antes llegaba — añadió Celie—. Seguimos su pista desde Rabat a Moscú, y de a Pekín. Sabíamos que estaba oculto en alguna parte, cerca de Pekín. Pero la seguridad ha desaparecido.

Bill Harrison, única persona en todo Occidente que podía llegar hasta donde estaban enclaustrados los dos jóvenes, insistió:

— ¿Creéis que ha podido morir últimamente?

Pete asintió:

— Es casi seguro.

Después de meditar unos instantes, fumando un cigarrillo, Harrison murmuró:

— No lo creo. Wong no mataría al único hombre que nos puede llevar de cabeza. Apuesto mil contra nada a que han descubierto el modo de ponerlo fuera de nuestro alcance.

— Si estuviese vivo, nosotros llegaríamos hasta él, aunque pusieran un bloque de cemento por medio, de cien metros de espesor. Nosotros podemos atravesar el acero más denso, porque nuestra penetración no es física, sino mental. Nosotros llevamos nuestra esencia física hasta donde nos place. Pero no estamos allí, sino que nuestro cuerpo, sin fuerza mental, queda aquí.

— ¿Y en esos traslados o autoteleportaciones, no podéis sufrir algún percance? — preguntó Harrison.

Fue Celie la que dijo, sonriendo:

— No, es imposible. No existe nada que nos pueda dañar cuando no estamos en estado físico. La gente nos ve, y nos toca, o al menos, cree tocarnos, pero aunque nos triturasen, nada nos harían.

— No es lo mismo si recibiéramos daño en estado físico — aclaró Pete —. En este momento, si usted nos dispara con su arma, nos mataría. Y ya no volveríamos a ser lo que somos. Pero nuestro espíritu, o fuerza mental, continuaría íntegra. Lo que ocurre es que ya no perteneceríamos a los problemas materiales de este mundo y habríamos de irnos a otro lugar, del que ni siquiera podemos entrever

su esencia. ¿Me ha comprendido?

Bill Harrison se rascó la cabeza. Era un hombre inteligente, sagaz y sumamente preparado. Pero la metafísica de los hermanos Kramo no le entraba en la cabeza.

— Bueno. Dejadlo. No lo entiendo, pero me consta que tenéis razón. No os puedo impedir que salgáis de aquí, debido a esa condición evasiva y sutil. Pero cuando regresáis os encuentro fatigados. ¿A qué se debe?

— Trabajamos mentalmente y nos cansamos mentalmente, señor Harrison. Representa un esfuerzo lo que hacemos para permanecer separados de nosotros mismos. Claro que nos ayudamos en todo. Si veo que Celie desfallece, la ayudo a volver. En otras ocasiones hemos ido más lejos y estado más tiempo fuera, sin fatigarnos. Ahora debe ser que tenemos muchas preocupaciones... ¡Ah, Henry Pearson le está muy agradecido por el señalado favor que le han hecho! Está seguro ahora de ser gobernador de California.

— ¿A mí me está agradecido Pearson? ¡Qué tontería! ¡Es a vosotros que se lo debe todo! El Presidente ha dicho lo que vosotros le dijisteis.

— De todas formas, él se lo agradece también a usted. Nosotros le ayudaremos en las elecciones, pero necesita el cargo para subir. Quien debe de estar rabiando es el ex fiscal general.

— Nuestro deber es ayudar a los amigos. Los demás ya se ayudan todo lo que pueden, entre sí.

— ¿Y usted no quiere nada, señor Harrison?

— Sí... Me gustaría vérmelas con el coronel Wong... ¡Ah, sí le tuviese, aunque fuese una hora en mi despacho!

Pete y Celie se miraron.

— ¿Crees que podremos satisfacer al señor Harrison, Celie?

— Descansemos primero. Debemos dormir y reponer energías... Tal vez la semana próxima.

* * *

El coronel Wong, vistiendo un antiguo quimono oriental, salía del baño, en su casa de las cercanías de Pekín, en el barrio residencial del Fuchow, y, de repente, se encontró en un lugar extraño, desconocido para él, rodeado de libros y estanterías, frente a una mesa, tras la que había un hombre de unos cuarenta años, en camisa, suelto el nudo de la corbata plateada, y con una expresión de tanto asombro como la del propio Wong.

— ¡Coronel Wong!—exclamó Bill Harrison, quedándose atónito ante la aparición de su famoso rival oriental.

— ¡Coronel Harrison! ¿Qué..., qué...?

Bill se puso en pie de un salto. Luego, tocó un timbre, de un tablero que había sobre la mesa. Con aquel simple gesto, todas las puertas del edificio quedaban automáticamente bloqueadas y no podía entrar ni salir nadie.

— ¡Maravilloso, coronel Wong! Jamás creí tener una oportunidad tan extraordinaria.

— ¡Extraordinaria! — repitió el chino, empezando a darse cuenta de lo ocurrido, y por tanto, empezando a serenarse y a ponerse en guardia—. Precisamente, en alguna ocasión tuve el deseo de conocerle personalmente, coronel Harrison. Me alegro infinito de ver que es usted tal y como le había imaginado.

— ¿No tiene fotografías mías?

— Muchas. Infinidad de ellas. Le tengo en familia, jugando con sus hijos en Sun Valley y en Miami Beach. Le tengo saliendo de su oficina, de la Casa- blanca, en varios aeropuertos. Tengo fotos buenas y fotos malas...

Harrison abrió un cajón de su mesa y sacó un abultado sobre.

— ¿Tantas como yo de usted?

Wong sonrió.

— Poco más o menos.

— Éstas son únicamente de este año.

— Muy eficiente, coronel Harrison. El destino tenía que darnos esta oportunidad. ¿Puedo sentarme?

— Sí, por favor.

— Le ruego me disculpe el indumento. Acabo de salir demasiado precipitadamente de casa. De haber sabido...

— Lo comprendo, coronel Wong. Está usted disculpado. ¿Desea tomar algo?

— Té con leche.

Harrison se inclinó sobre su mesa, presionó el botón de un intercomunicador y habló:

— Peggy, un té con leche y café con whisky.

— ¿Tiene usted visita a estas horas, señor Harrison?

— Sí, una inesperada visita. No se lo diga a nadie.

—Ha sonado la alarma.

— Le franquearé el paso, Peggy. No se preocupe. Harrison cerró el intercomunicador y miró al oriental.

— ¿Dónde está Alberad Machdí?

— En lugar seguro, coronel Harrison. Tan seguro como tiene usted a Pete y Celie Kramo.

— Comprendo. — Harrison sonrió —. Sugerí a Pete Kramo esta

entrevista con usted. Hoy me ha complacido.

Wong se pellizcó el brazo, bajo la manga del quimono, y preguntó:

— ¿Estoy aquí o en Fuchow?

— En realidad, no lo sé, coronel Wong. Jamás he creído en estas cosas. Ni siquiera sé si estoy soñando. Pero he visto tantas cosas extrañas últimamente, que estoy dispuesto a creer en todo.

— Debo admitir que estoy aquí, pues.

— Sí. Y yo admito que le estoy viendo y que le puedo tocar. Sé que es de carne y hueso. Por lo tanto, no está usted ahora en Pekín.

— No, claro. Pero, ¿volveré allá o me quedaré aquí para siempre?

— Sinceramente, querido y respetado colega, tampoco lo sé. Y no quiero molestar a los hermanos Kramo para que me lo digan. Aceptaré los acontecimientos tal y como son. Y luego informaré a mis jefes de esta entrevista.

Muy lógico. Entonces, creo que no tenemos nada más que hablar.

— ¡Al contrario, querido coronel Wong! — exclamó el americano —. Todavía no hemos dicho nada.

— ¿Hay algo que decir? — preguntó el chino, sutilmente.

— Sí, le sugiero que nos devuelva a Bachdí.

— ¿Y si yo le pidiera a Pete y Celie Kramo?

— Son americanos.

— Bachdí pidió asilo político en la Unión Soviética.

— ¿Y por qué le tienen ustedes?

— ¿Quiere que le diga que trabajamos en colaboración con los de la N.K.V.D. o ya lo sabía?

— Lo suponía, simplemente — dijo Harrison, presionando un pulsador, al oír una llamada en la puerta.

Sé abrió ésta y apareció una interesante secretaria americana, con una minifalda que más parecía un cinturón plateado, y que era portadora de una bandeja con lo pedido por el jefe. Peggy Hort miró perpleja al coronel Wong, pero no hizo comentario alguno. Dejó la bandeja sobre la mesa de Harrison y se retiró, preguntando:

— ¿Alguna cosa más, señor Harrison?

— No, nada, Peggy. Gracias.

Cuando la joven hubo salido, Wong murmuró:

— Descarada jovencita. No la permitiría ir así.

— Algunas de sus agentes detenidas últimamente iban mucho peor, coronel Wong. Valerie Strong, por ejemplo, hacía «strip-tease» en un club nocturno de los Ángeles.

Wong sonrió.

— A propósito. ¿Podremos canjear algunos agentes?

— Sí, claro. Lo cortés no quita lo valiente. Uno por uno.

Repasaremos las listas. La última vez me quitó usted buenos hombres a cambio de malos.

— Aprenda a ser sagaz, coronel Harrison... ¡Hum, excelente té! ¿Cómo lo consigue?

— Viene de Oriente, coronel Wong — sonrió Harrison—. De Ceylán.

— Siempre he creído que nuestras fronteras están poco protegidas. Un excelente té que se escapa de nuestras manos sin saber cómo.

— Cosas de poca monta. Lo importante no escapa, ¿verdad?

—No, supongo que no. ¿Para qué me ha hecho venir?

— Para hablar. El gobierno de la República Popular China está muy vinculado con usted y sus prestigiosos servicios.

— Hablemos.

— ¿Cómo lo que somos o sin rodeos?

— Como usted quiera. Soy su invitado.

— Perfectamente, Wong. Tenemos dos super cerebros dispuestos a intervenir en muchos aspectos de nuestras relaciones con ustedes.

— Nosotros estamos en desventaja ahora, pero dentro de poco, a esos dos cerebros, podremos oponer cien millones de super cerebros.

— ¿Cuánto es dentro de poco? — preguntó Harrison, encajando el golpe artero del chino.

— No lo sé. Unos años.

— ¿Cree que llegarán a tiempo?

— ¿A tiempo de qué? — preguntó Wong.

— Dé poder ayudarles.

— Tal vez sí.

— Yo creo que no. Pete y Celie Kramo pueden tener aquí a Chin Hwang, a Sosva y al Presidente Berdichev.

— Tenemos suficientes dirigentes para sustituirlos. Podemos ganar todo el tiempo que sea preciso.

CAPÍTULO V

Moxy Luke se apoyó en la portezuela del moderno automóvil-jet que conducía y miró al oficial y a las tropas que custodiaban la verja del «Polígono Atómico Experimental de Kenna» en Nuevo México.

— Hola, jefe — dijo el granuja y desvergonzado Moxy—. ¿Es aquí donde tienen a Pete Kramo?

— ¿Quién eres? —replicó el oficial, amoscado—. ¿No te parece mucho auto para tan poca persona?

— ¡Eh, cuidado, jefe, que soy amigo del fiscal general de California! ¿Cree que no está hablando con alguien?

— ¿Qué buscas aquí?

— Traigo un permiso que me ha dado un tal Harrison.

— No conozco a nadie llamado así —replicó el oficial.

— Pues ande y pregunte. Alguien habrá, detrás de esos alambres, que sepa más que usted... ¡Y no me haga perder la paciencia!

El oficial de guardia se mordió los labios, estando a punto de replicar agriamente al visitante. Pero optó por cumplir con su deber. De la radio que llevaba al cinto, extrajo el auricular y conectó con el puesto de mando de la base.

— ¿Mayor Ryan? Aquí puesto de control «AZ-2». Habla el teniente Roland. Acaba de llegar un joven que dice traer un permiso...

— ¡Es este, amigo! —exclamó Moxy, sacando del bolsillo un arrugado papel y ofreciéndoselo al oficial—. Lea, lea... Si no vale para ver a Pete, me lo como y me largo.

El teniente Roland tomó el papel y pronto su expresión cambió totalmente, apresurándose a decir:

— Disculpe, mayor Ryan. Hay un sello de la Presidencia del Gobierno. Este joven se llama... Moxy Luke... Sí, sí, señor. Correctamente.

El oficial guardó el auricular junto a la radio y se volvió a sus hombres:

— ¡Muchachos, abrid la «gatera»! Sargento, tome el mando. Yo acompañaré al visitante... ¿Puedo subir junto a usted?

Moxy denegó con la cabeza.

— ¡Ah; no, señor! Aquí no suben más que chicas como Glenda Hunter. Usted vaya corriendo detrás mío, si quiere. Le echaré un chorro de humo... Ahí tiene un «jeep». Úselo.

El teniente Roland se mordió los labios y saludó militarmente.

—Perdón — dijo—. Iré en el «jeep».

Poco después, el «jet-móvil» de Moxy penetraba en el campo de experiencias atómicas, siguiendo por una asfaltada carretera al «jeep» que conducía el teniente Roland.

Estuvieron más de una hora avanzando a más de ochenta kilómetros por hora, hasta que llegaron a un complejo de edificios de cemento, donde había numerosos tanques ligeros, aviones, helicodiscos, «platíbolos» y camiones de tropas.

Se detuvieron ante el edificio principal, donde les estaban aguardando. Moxy Luke ya no vio más al teniente Roland, porque un oficial mayor se hizo cargo de él, haciéndole pasar a una oficina, donde se le identificó por medio de máquinas electrónicas, para luego dejarle pasar hasta el interior, siempre cruzando barreras de vigilantes.

Un ascensor le bajó hasta el subsuelo. Allí, por un pasillo lleno de tropas, fue conducido hasta una antesala que tenía un asiento blando y alargado, donde esperó unos minutos. Y, por fin, se descorrieron algunas puertas, y ya solo, penetró en una sala habilitada como alojamiento de Pete Kramo, que comunicaba, por una puerta casi invisible, con otra estancia, donde dormía Celie.

Sin embargo, en el momento de llegar Moxy, Pete y Celie, avisados de su llegada, estaban juntos.

Pete le abrazó calurosamente, exclamando:

— ¡Moxy, bribón!

— ¡Hola, mago mío! ¡Hola, Celie! ¡Estaba loco por conocerte en persona!

Celie estrechó la mano de Moxy, sonriendo.

— Pete me ha hablado mucho, de ti. Dice que sabes ciento veinte formas de conseguir dinero sin trabajar.

— Eso era antes. Pero el mejor negocio de mi vida ha sido conocer a Pete... ¡Chico, cómo vivo! Tengo cinco viviendas distintas. Una en el Reformatorio, donde me dejan entrar y salir cuando quiero. Tengo también una casa con tres doncellas que pasan el día peleándose por mí. Por ellas he tenido que reservar una «suite» en el Atlantic Hotel. Y el «diré» me ha ofrecido su nuevo apartamento— Moxy se puso serio —. Todo te lo debo a ti, Pete. No sabes con cuanta satisfacción he venido a verte. El señor Harrison me dijo que tú me explicarías de qué se trata.

También Pete se había puesto súbitamente serio.

— Quieren que hagas algo sumamente arriesgado. Yo me opongo a ese proyecto, pero parece ser que no hay más remedio que hacer algo.

— ¿De qué se trata? Yo haré por ti lo que sea, Pete. Ya lo sabes...

¡Lo que sea!

— No es precisamente por mí, Moxy. Es por la humanidad, por occidente, por esa sociedad que no te ha comprendido nunca y que tantas veces te ha separado de su lado, como si estuvieses apestado.

— No me sueltes sermones, Pete. Sé quién soy mejor que nadie. Los guardias no me asustan y lo que opina de mí la gente de bien al leer la crónica de sucesos me tiene sin cuidado. Ni a la humanidad, ni a nadie, haría yo un favor. De patriota, nada. Pero a ti, sí, Pete. Yo por ti me jugaría la vida a cuchilladas.

— Gracias. Me emocionas, Moxy.

— El coronel Harrison quiere que suplantes a Pete.

— ¿Suplan... qué? — exclamó Moxy, volviéndose a Celie y mirándola a los ojos.

— Que te hagas pasar por él. Sois de la misma estatura. Te van a realizar una operación facial de semejanza. Vas a ser su socias.

Moxy se frotó la cara.

— ¿Me operarán los médicos, y seré igual que tú?

— Sí — dijo Pete —. Es decir, si tú quieres.

— ¿Lo quieres tú, Pete?

Pete no respondió. Fue a un armario, donde habían varias botellas y sirvió un cordial de jengibre, de los que sabía que gustaban a Moxy. Al dárselo, habló lentamente:

— Yo no puedo querer nada, Moxy. Parece ser que es necesario hacerlo. Mi cerebro es demasiado valioso para exponerlo a los peligros que me acechan fuera de aquí. Se trata de engañar a gentes que son difíciles de engañar. Ni Harrison, ni siquiera yo, estamos seguros de que el plan tenga éxito.

»Pero hay que intentarlo. Sin embargo, yo no te abandonaré, Moxy.

— ¡No tienes por qué decirlo, Pete; confío en ti! Desembucha.

— Yo permaneceré aquí y tú saldrás en mi lugar. Tienes que sustituirme. Has de ser igual que yo. Llevar mis ropas, mi cara, harás mis gestos... Bueno, tú me conoces mejor que nadie. No podemos elegir entre mucha gente. Y los médicos han dicho a Harrison que te dejarán en dos semanas igual que yo.

— ¿Y podré hacer lo que tú haces? — preguntó Moxy, irónico.

— No. Pero nosotros te ayudaremos.

— Pete, ya sabes que haré lo que tú me pidas.

— Gracias, Moxy. Pero debes saber que tu vida correrá peligro cuando me suplantes.

— ¡Bah, la vida de Moxy Luke vale poco! ¿Qué tal estáis aquí?

— Bien. Podemos salir igual que antes. Eso no pueden

impedírnoslo. Pero nuestros cuerpos, que son lo que importa, se quedan aquí. Fuera, en «presencia mental», ni las balas pueden hacernos daño. Lo que el Gobierno quiere preservar de nosotros son nuestros privilegiados cerebros.

— Comprendo — asintió Moxy—. Pues nada, a lo dicho. ¿Cuándo empezamos?

— Cuando venga el señor Harrison. Ahora te quedarás aquí, con nosotros. Pronto van a servirnos la comida. Puedes pedir lo que quieras. Charlaremos y aguardaremos a que Bill Harrison lo tenga todo preparado.

»Te advierto que vas a codearte con gente muy importante. Irás a la Casablanca, con el Presidente Holmen. Luego, puede que te lleven a Rusia y a China, donde te acogerán como a un héroe nacional. Vas a ser agasajado en el mundo entero. Jamás, en la historia de la humanidad, nadie habrá sido tan admirado como tú. .

— ¡Vaya, eso me gusta! —exclamó Moxy, divertido.

— Y te pedirán que hagas demostraciones de tu inmenso poder — añadió Celie.

— Entonces se descubrirá el pastel. .

— No, porque nosotros te ayudaremos desde aquí, Moxy — explicó Pete—. Llevarás el aparato de radio más pequeño que se conoce. Van a colocártelo justamente en el oído y estará funcionando continuamente. Nosotros oiremos todo lo que tú oigas y también lo que tú digas. Habrá un equipo de retransmisión conectando contigo. Todo muy bien preparado.

»Sí, para dar constancia de tu fuerza y poder, has de demostrar tus cualidades, nosotros actuaremos por ti a distancia. ¿Has comprendido?

— Sí, sí... Pero en esos viajes, crees que puede ocurrirme algún accidente, ¿no es así?

— No por parte de las autoridades orientales — explicó Pete —. Ellos te protegerán en todo y por todo. Tendrás una escolta como no la ha tenido nadie.

»Ocurre que siempre hay gente incontrolada. Cualquier fanático puede salirte al paso y, para demostrar que puede más que tú, intentará eliminarte. No es fácil que pueda conseguirlo, porque la escolta se jugará la vida por protegerte, pero nunca se sabe lo que puede ocurrir.

»Lo que el Presidente Holmen no quiere es que ese riesgo lo corra yo.

— ¿De acuerdo, Moxy? — preguntó Celie.

— Sí, naturalmente. Yo estoy acostumbrado a correr riesgos. Y, si voy a vivir mejor de lo que vivo ahora, ¡estupendo!

* * *

Bill Harrison llevaba una existencia ajetreadísima, viajando constantemente de un lugar a otro, siempre, acompañado de su despampanante secretaria, Peggy Horst, porque el coronel y jefe del servicio secreto especial del Presidente de los Estados Unidos era un hombre extraordinariamente conocido. Esto no impedía que sus trabajos fuesen secretos.

Harrison podía entrar en la Casablanca a cualquier hora del día o de la noche. Y, precisamente, recién llegado al aeródromo de Washington, Harrison envió a su secretaria a dormir unas horas a su despacho, para dirigirse directamente a ver al Presidente, que le estaba aguardando.

Era más de media noche cuando Harrison fue recibido en el despacho particular de Holmen. El presidente estaba acompañado por varios consejeros políticos y el embajador norteamericano en Moscú, Mr. Payndick.

— ¡Al fin! —exclamó James D. Holmen, al ver entrar a Harrison —. Creíamos que no llegaría usted, coronel Harrison.

Éste sonrió y estrechando la mano a los reunidos, dijo:

— Sólo un accidente fatal me habría impedido llegar a esta reunión, señor presidente… ¿Cómo está usted, general Elswell?

— Bien, Bill. ¿Y tu esposa?

— Hace más de dos meses que la veo sólo por visófono, general.

— Bien, Harrison — intervino el presidente—. Dejemos los protocolos y preliminares. ¿Cómo ha ido la gestión?

— Perfectamente, señor. Sosva se ha mostrado desconfiado de nuestras facilidades. Es evidente que examinarán al chico hasta con microscopio.

— Confiemos en el equipo médico.

— Harán un trabajo tan perfecto que copiarán hasta las huellas dactilares de Pete Kramo.

Uno de los consejeros sonrió.

— Debe de ser un trabajo perfectísimo. Un error podría desencadenar la ira de los orientales.

— ¡Un error desencadenaría la guerra total inmediatamente! —exclamó el embajador Payndick, seriamente—. Wasili Berdichev me lo dijo claramente. Y me consta que han hablado largamente con Chin Hwang en las últimas semanas. Jamás había observado yo tanta actividad diplomática en la URSS como últimamente.

— Bien — atajó el Presidente—, concrete usted, Harrison.

— He hablado con el Secretario General del Partido, Boris Sosva, al

que asistía el jefe de la N. K. V. D., Garskoff. Ellos, a su vez, lo habían hecho con el coronel Wong, y parecen haber llegado a un acuerdo de principio.

— ¿Tienen los diez millones de niños en tratamiento?

— No he podido confirmarlo. Ellos afirman que Bachdí conoce la fórmula de Kramo y que están poniéndolo en práctica. Desde luego, sabemos que tanto en Moscú como en Pekín se han habilitado hospitales y han instalado en ellos a todas las madres inmediatas de oriente. Ha sido una gran campaña. Incluso, en Pekín, diez mil madres han perdido a sus bebés. Esa gente lo hace todo en gran escala.

«Pero conozco a Wong y sé que es capaz de montar cualquier tinglado aparatoso para impresionarnos. Todo gira en torno a lo mismo. Los niños sabemos que los tienen. Pero, ¿tienen la fórmula?

Harrison miró al Presidente y luego a los graves consejeros.

— Es indiscutible que en pocos años, oriente puede engullirnos, si dicen la verdad. Frente a nuestros dos supercerebros, ellos pondrán todos los cientos de miles que quieran. ¿Y qué podremos hacer?

— Ofrecer nuestros servicios a Sosva y Berdichev — dijo el general Elswell—. ¿Qué otra cosa nos queda?

— ¿Y si nos están mintiendo? — insistió Harrison —. Y creo que no poseen la fórmula.

— ¿En qué se funda? — quiso saber Holmen.

— Pete y Celie Kramo no pueden localizar a Bachdí. Eso por un lado. Por otro, Sosva está dispuesto a que Pete Kramo vaya a la URSS y a la RPCH. Les interesa nuestra proposición. Alega que sus supercerebros no estarán dispuestos hasta dentro de unos años. Y esa desventaja suya la reconocen. Ahora, estamos prácticamente dominándolos y lo saben. Han tomado toda clase de estúpidas precauciones.

— Muy comprensible — apuntó el presidente—. En fin, que quieren ver a Pete Kramo.

— Sí. Quieren tenerlo con ellos, como prueba de nuestras buenas intenciones. Yo les he dicho que Pete no quiere separarse de Celie, y me han sugerido que pueden ir los dos, a lo que me he opuesto totalmente. Han comprendido mi postura y por ello insisten en tener a Pete.

— ¿Y si no les enviamos a Pete? — preguntó otro alto jefe del Pentágono.

— Nos enviarán sus cohetes intercontinentales, general Grevost — contestó Harrison —. En eso, Boris Sosva ha sido determinante. Alega que nos reconocen unos años de ventaja respecto al desarrollo de supercerebros, y que sin han de sucumbir, lo harán luchando. El

exterminio total, antes que renunciar.

James D. Holmen se hundió en su asiento, entornando los ojos, en gesto de infinita fatiga.

— Ésa es la cuestión. No puede ser más clara y realista. Si utilizamos a los hermanos Kramo contra ellos, nos enviarán sus cohetes termonucleares. Nosotros enviaremos los nuestros y asunto concluido... ¡«Boom» y adiós!

»Si aceptamos la tregua y les dejamos a Pete, pueden descubrir el engaño y las consecuencias podrían ser igualmente desastrosas. Sosva es muy agresivo.

— Pete afirma que podemos evitar la hecatombe — dijo Harrison —. Pero no me fío. Creo que la tregua es mejor. El suplente de Pete quedará perfectamente. Se conocen bien, porque estuvieron juntos en el reformatorio de San Gabriel. Y Pete y Celie le ayudarán a hacer «exhibiciones» sorprendentes.

«Naturalmente, la tregua nos favorece a nosotros más que a ellos. El falso Pete será nuestro mejor agente. Querrá ver a Bachdí y amenazará con regresar con nosotros y ponerse incondicionalmente de nuestra parte. Después de lo que van a ver, correrán todos a esconderse en agujeros.

— ¿Cuál es el plan, concretamente, coronel Harrison?— preguntó el embajador Payndick.

— Un joven llamado Moxy Luke sustituirá a Pete Kramo. Le acompañaré yo y un séquito de mis hombres. Llevará un microaricular en el oído, que es de confección reciente y secretísimo. Nuestros enlaces tendrán siempre en contacto a Moxy con Pete Kramo, porque éste no puede mantener la concentración constante, ni tampoco puede autoteleportarse hasta la URSS continuamente. Tenidos en cuenta estos factores, y como Moxy alegará deseos de «evasión», pues fingirá haberse «ido» y nadie podrá ni tocarle, la labor que podemos hacer es importante. Pronto tendrán que confesar que desconocen la fórmula y que el amontonamiento de bebés ha sido una jugada de Wong. Pero nos dirán que tienen a Pete Kramo, el cual ha sustentado siempre que el mundo debe conservar el equilibrio político en que está. Dos fuerzas compensadoras. Ellos tendrán un falso Pete Kramo, y nosotros tendremos a los dos auténticos hermanos Kramo.

— Jugamos con ventaja aparente, ¿eh? — inquirió el presidente, mirando al general Elswell.

— Así parece... Quiera Dios que no nos equivoquemos.

* * *

Sergei Andrevitch besó apasionadamente a Suzy Clermont, mientras la estrechaba contra su pecho, con intenso frenesí.

— ¡Volveré pronto, mi cielo!

— Temí que llegase este momento — murmuró la directora del Instituto de Protección Femenina —. ¡Oh, qué soledad más grande me aguarda sin ti, amor mío!

— Estaré de regreso antes de una semana. Tú, entretanto, podrás ir a Nuevo México a ver a tu extraordinaria Celie Kramo — dijo él, soltándola y sacando del bolsillo un paquete de cigarrillos.

Estaban en la habitación del hotel donde se hospedaba Sergei.

— Sí. Celie ha manifestado deseos de verme. Me acompañarán agentes del servicio secreto hasta el lugar donde está escondida.

— ¿Por qué la esconden?

— El gobierno estima que su cerebro es valiosísimo.

— Sin duda. Si es capaz de realizar todo lo que dices...

— ¡Y mucho más! — exclamó Suzy, con entusiasmo—. Es increíble... ¡Un caso único en la historia! ¡Lástima que no puedas escribir nada de esto, Mike! Pero pronto podrás hacerlo. Estoy segura.

— Me gustaría ver a Celie Kramo. ¿Por qué no le hablas de mí?

— Lo haré, cariño. Celie querrá saber cosas del hombre con quien me voy a desposar pronto.

— Sí, cielo mío.

Se besaron de nuevo. Esta vez con mayor intensidad que en ocasiones anteriores. Al desprenderse sus labios, estrechamente unidos, él musitó:

— Daría algo por no tener que irme.

— ¿Y por qué has de irte, Mike?

— Me reclaman mis jefes.

— ¡No te vayas! No los necesitas para nada. Puedes encontrar otro trabajo aquí... ¡Ya lo tengo! Le pediré a Celie que te ayude. Puedes ser un hombre importante, si ella quiere. Henry Pearson es ahora fiscal general de California, gracias a Pete Kramo. Y sé que pronto será gobernador. Celie haría cualquier cosa por mí...

— Todo menos dejar que sea usted engañada por este espía — exclamó una voz familiar, detrás de ellos.

Sorprendidos, Sergei y Suzy se volvieron, viendo allí, junto a la puerta, la menuda y graciosa figura de Celie Kramo, que vestía una túnica plateada, estilo griego.

Sergei retrocedió, sobrecogido. Celie no había entrado por la puerta, dado que ésta no se había abierto... ¡Celie Kramo se había materializado allí mismo!

— ¡No...! ¿Qué es esto?

— ¡Celie! — exclamó «Miss» Clermont, gratamente sorprendida.

— Siento venir a interrumpir su idilio, señorita Clermont. Pero casualmente me he enterado de quién es ese hombre y he venido a prevenirle contra él... Se trata de un agente secreto, al servicio del gobierno de Pekín, cuyo objetivo es acercarse a nosotros a través de usted. Él no la quiere, puede estar segura. Le pagan para que finja con usted.

— No, Celie... ¿Cómo puedes decir eso?

— Porque he leído su mente. Salga usted de aquí cuanto antes. Yo avisaré a la policía para que venga a detenerle.

— ¡No! — gritó Sergei Andrevitch, abriendo un cajón de la mesita y extrayendo una pistola provista de silenciador electrónico.

Y antes de que Celie pudiera evitarlo, Sergei hizo varios disparos contra la joven. Las balas atravesaron su cuerpo, sin causarle el menor daño, incrustándose en la madera de la puerta.

Pero dos balas alcanzaron a Suzy Clermont, antes de que Celie pudiera reaccionar. Y cuando desarmó a Sergei, haciéndole soltar vivamente el arma, ya era demasiado tarde para la soltera directora del Instituto de Protección Femenina. Las balas eran explosivas y sus efectos instantáneamente mortales.

CAPÍTULO VI

William Harrison, con un nutrido grupo de agentes secretos de la CIA, S.S. y del «Black Control» — un organismo extra secreto de agentes suicidas—, que se fingían periodistas, ayudantes del coronel Bill Harrison, secretarios y técnicos, llegaron al aeródromo de Moscú acompañando a Pete Kramo, donde recibieron un caluroso y entusiasta recibimiento, por parte del pueblo moscovita y de las autoridades máximas de la Unión Soviética.

Harrison se proponía engañar a los dirigentes orientales.

Sin embargo, el engañado era él, porque el joven que simulaba ser Pete Kramo era el auténtico Pete.

Moxy Luke, ya convertido en Pete Kramo, estaba en Nuevo México, haciendo compañía a Celie. Y esto lo ignoraban las autoridades norteamericanas.

La suplantación que Harrison quiso realizar se la hicieron a él.

Cuando el super-jet intercontinental se posaba en la pista del aeródromo soviético, Harrison dio las últimas instrucciones al que creía ser Moxy Luke.

— Sobre todo, serenidad, muchacho. Ahora no te exigirán que hagas alguna demostración de su poder. Primero viene el recibimiento, después el banquete en el Kremlin. Será por la tarde, en los despachos particulares del Secretario General Sosva o en los del Presidente de la Unión Soviética Wasili Berdichev, donde habrás de actuar. Pete y Celie ya saben que la prueba ha de ser convincente.

Pete sonrió y respondió:

— Descuide usted, coronel Harrison. Sé perfectamente lo que debo hacer. Usted cumpla con su deber y yo cumpliré con el mío. A un pillo de Los Ángeles no tienen nada que enseñarle esa gente.

— ¡Y no hables ruso por nada del mundo! El intérprete sabe su cometido. Tú podrías equivocarte y todos estos altos jefes saben perfectamente el inglés.

— Pete me dijo que me ayudaría en el idioma. Él y Celie escucharán lo que se hable y me dirán lo que debo decir. Yo no tengo más que repetir lo que ellos me digan por radio — dijo Pete.

— Tu acento no será correcto.

— Hemos ensayado y Celie dice que mi ruso era muy bueno. La verdad — Pete sonrió con picardía — es qué no me entero. Pero soy un buen oráculo.

— Tú haz lo que yo te digo. Siempre estaré a tu lado. Si salimos de

la prueba, luego será más fácil.

El super-jet intercontinental terminó por detenerse. La portezuela principal se abrió y Peter, vestido con preciosas telas plateadas, a modo de clámide griega, salió a la plataforma, donde el griterío de la inmensa muchedumbre oriental que invadía el aeropuerto le ensordeció.

Cientos de cámaras de televisión le enfocaron. Centellearon las máquinas de filmar y fotografiar, medio cegándole. El clamor de entusiasmo era indescriptible. Pete sabía que mucha de aquella gente ni siquiera sabía lo que Pete Kramo significaba. Los medios de propaganda e información comunista habían trabajado bien. Y todo Moscú fue obligado a acudir al aeropuerto.

Al descender por la escalerilla automática hacia donde estaba la tribuna, con los más altos jefes de la política soviética, las bandas de música atacaron el himno de las Naciones Unidas de Occidente, seguido del himno norteamericano.

Harrison no se separaba de su lado, haciendo las presentaciones de los dignatarios soviéticos.

— El Presidente de la Unión Soviética, señor Wasili Berdichev... El Secretario General del Partido, señor Piotr Vorochet... El embajador de la República Popular China, Ling Wong... Boris Garkoff, consejero...

Todos aquellos personajes abrazaban a Pete y le besaban en las mejillas, llamándole cariñosamente «hijito». Hubo quien conservó su mano más de lo conveniente, mirándole con embeleso y diciéndole «padrecito».

Y Pete, correctísimo en su supuesto papel, contestó a todos los saludos en inglés, dando las gracias y expresando su reconocimiento por la cordial acogida.

Luego, vinieron los discursos. Primero, sobre un podio, habló el Presidente de la Unión Soviética, expresando su afecto por el importante visitante, dando las gracias al Presidente Holmen y la bienvenida a los acompañantes de Pete, y terminando con la esperanza de que el mundo entero había llegado ya al establecimiento perenne de relaciones amistosas y francas, en bien de la humanidad, como siempre la Unión Soviética y sus aliados de Oriente habían propugnado.

Después, Berdichev cedió los micrófonos a Pete Kramo quien miró primero a Harrison, luego al embajador Payndick, también presente, y luego habló, correctamente en lenguaje ruso:

— Amigos, compañeros y hermanos míos... Señores, señoras, pueblo de la Unión de Repúblicas Soviéticas... Ciudadanos del mundo entero... Es para mí motivo de orgullo, satisfacción y alegría

encontrarme aquí entre vosotros.

»Hoy es un gran día para la humanidad entera, para Oriente y Occidente, porque señala el instante de la unión universal, total y efectiva, porque ese es mi deseo y puedo lograrlo.

«Ustedes no saben todavía lo que yo soy capaz de hacer. No han visto aún el dominio mental de un cerebro extra desarrollado, con una capacidad intelectual todavía inimaginable, pero deseo que a la vista de todos los presentes hacer una prueba de lo que el hombre del mañana, cuando todos los cerebros de la humanidad sean como el mío, podrá hacer con su sola fuerza de voluntad.

«Quiero que se fijen todos en el super-jet que me ha conducido hasta aquí. Pesa noventa toneladas. Está inmóvil... ¡Vean cómo se levanta del suelo, sin motores, verticalmente, venciendo totalmente la fuerza de la gravedad! ¡Véanlo! ¡Esto es lo que hago yo en presencia del pueblo ruso!

Pete se había vuelto a mirar hacia el gigantesco reactor. Y todos pudieron ver, atónitos, como el enorme aparato se elevaba lentamente, vertical hacia el cielo, hasta quedar inmóvil a unos sesenta metros de altura, sobre el aeródromo de Moscú.

Bill Harrison, al ver aquello, quedó desconcertado. Nada estaba saliendo como él había planeado. Pete Kramo parecía haberse olvidado de sus recomendaciones y se dedicaba a su actos de maravillosa prestidigitación.

— ¡Véanlo todo! ¿No es maravilloso lo que un cerebro puede hacer? ¿Qué no podrían conseguir todos los cerebros de la humanidad juntos, utilizando mis facultades mentales?

El estruendoso clamor de la multitud ahogó las palabras de Pete Kramer en medio de un apoteósico palmoteo de júbilo.

Incluso los altos dirigentes soviéticos habían quedado estupefactos ante la impresionante manifestación.

* * *

— No pretenda ser sutil y agudo conmigo, señor Sosva — replicó Pete al Secretario General del Partido—. Puedo leer sus pensamientos. En cambio, usted no puede leer los míos.

«Si he venido aquí, ha sido voluntariamente. El Presidente Holmen no ha obrado políticamente limpio. No se lo tenga usted en cuenta. En realidad, el principal propósito se ha logrado.

— ¿Qué propósito es ése? — preguntó Sosva, inquieto y sintiéndose cada vez más insignificante ante su extraordinario visitante.

— El propósito de que el mundo permanezca equilibrado. Soy un hombre justo. Ni puedo inclinarme a favor de occidente, ni al de oriente. Celie está en América y yo estoy aquí, no en estado metafísico, sino físicamente, con todo mi poder y todo mi ser.

«Usted viene obligado a colaborar conmigo. No tiene otra alternativa. ¿Me entiende? Sé que no tienen ustedes la fórmula del doctor Kramo. Esa fórmula no existe. Celie y yo fuimos experimentados con el error. Alberad Bachdí ha muerto. No hay, pues, posibilidad alguna de que ustedes obtengan seres superdesarrollados dentro de unos años ni nunca.

»Eso es lo que se propone averiguar el coronel Harrison, con mi ayudante. Pero no me interesa que el coronel Harrison sepa la verdad. Vivirá más conforme con el engaño, aunque está furioso porque no le he hecho caso en el programa por él trazado.

— Harrison es el perfecto funcionario de las democracias— admitió Boris, intentando sonreír y sin saber por qué creer de lo que le estaba diciendo Pete.

— No dude de mí, por favor, señor Sosva. No me es usted más simpático de lo que me es el presidente Holmen. Ustedes son políticos, gobernantes, individuos necesarios para dirigir a los pueblos. Yo sé eso y desde Moisés a nuestros días, pasando por Alejandro, Aníbal y Napoleón, los pueblos han necesitado dirigentes.

«Cuando la humanidad sea perfecta, quizá no será necesario tener dirigentes, porque cada individuo sabrá cuál es su deber y lo cumplirá en beneficio y propio y general. Ahora, ustedes cumplen una función altamente útil y efectiva de coordinación.

»Lo primero que harán ustedes, pues, va a ser iniciar las conversaciones para eliminar peligros atómicos. Las bases militares de la Luna han de ser desmanteladas y convertidas en colonias de experimentación. La Humanidad se beneficiará extraordinariamente de ello.

»Aquí en La Tierra, deben retirarse las redes de protección y vigilancia, se eliminarán las fronteras y todos los ciudadanos del mundo podrán desplazarse libremente de una parte a otra. El hombre ha de vivir en libertad, sin persecución, y cada uno elegirá libremente su doctrina, de acuerdo con su propia conciencia. Nadie está obligado a nada, excepto a un trabajo útil y justamente distribuido. En Occidente, el trabajo será remunerado de acuerdo con la capacidad de cada uno y aquí ha de ser igual.

»El beneficio obtenido del trabajo repercutirá en mejoras sociales íntegramente. Los servicios de vigilancia y justicia cuidarán de la distribución equitativa del trabajo…

— ¡Todo eso está contenido en nuestras doctrinas y programas! — exclamó Boris Sosva.

— Sí, lo sé. Ahora tendrán que realizarlo, y no será de palabra, precisamente. Yo me cuidaré particularmente de que así sea. La guerra fría se ha terminado. Los servicios secretos serán resueltos. Nadie tendrá por qué turbar la paz de los demás.

— ¿Y si ellos lo hacen?

— No lo harán — respondió Pete, de modo tajante. Sosva no replicó. Estaba seguro de no poder contra el joven Pete, cuya presencia le anonadaba, dominándole.

— Exijo y deseo que se entablen negociaciones inmediatamente. Yo supervisaré personalmente todas las conferencias.

— Sí. Inmediatamente se reunirá el Politburó. Pero quisiera tener la seguridad de que el Congreso norteamericano hace lo mismo.

— Lo harán. Tiene usted mi palabra de honor y no puedo faltar a ella. En este momento Celie Kramo está hablando con el presidente Holmen, ante el que se ha aparecido.

* * *

Efectivamente, a la misma hora, aproximadamente, James D. Holmen se había incorporado en el lecho.

La imagen de Celie Kramo estaba ante él, brillando en la oscuridad.

— Vístase usted y salga a la antecámara, señor presidente— ordenó Celie—. No quiero turbar el reposo de su mujer.

— ¿Quién…? ¿Qué…?

— Haga lo que le digo, señor.

Holmen se levantó y al ponerse el batín de raso, vio la imagen de Celie «filtrarse» a través de la puerta. Se calzó las zapatillas, se abrochó el batín y fue hacia la puerta.

La abrió y vio a Celie a su lado, encendiendo la luz de la antecámara.

— Por favor, señor presidente. Le ruego que no se alarme. No estoy aquí, realmente, sino en el refugio de experiencias atómicas de Kenna. He venido en estado extrafísico o metafísico, como usted quiera llamarle.

—¿Qué es lo que ocurre, señorita Celie Kramo? — preguntó Holmen, alarmado.

— No se inquiete en absoluto. Después de muchos años, el mundo va a entrar en una era de paz efectiva y completa. Pete y yo lo hemos decidido. Podemos hacerlo y ustedes tienen que secundarnos. No habrán más guerras. La Humanidad ha de ser libre para elegir su

propio destino.

— ¡No entiendo nada absolutamente! Tú y Pete estabais de nuestra parte. El muchacho que enviamos a la Unión Soviética tenía que fingir una comedia. Nuestros servicios de seguridad planificaron meticulosamente la operación que pondría a los orientales a nuestra merced...

— Nadie estará a merced de nadie. Habrá justicia y verdad, que son las únicas leyes que deben respetarse a partir de ahora. Ésa fue la voluntad de Dios y ésa es la nuestra, que somos su obra humana más perfecta.

»Estoy al corriente de cuanto sucede, señor presidente. Sé todo lo que se ha planeado y ejecutado. El engaño ha fracasado porque nosotros lo hemos querido.

»Ahora tiene usted que actuar con la verdad, del mismo modo que actuarán los que hasta ahora han sido enemigos de este mundo. Oriente y Occidente se dan la mano hacia el futuro. Trabajarán unidos, de cara al futuro, para el bienestar de la raza humana. No habrá más hambre, no habrá más persecución injusta.

»Se va a investigar ampliamente, de acuerdo con la ley, y sin sacrificio de almas inocentes, hasta conseguir la «indiocaina» auténtica, por medio de la cual, todo recién nacido será inoculado para su desarrollo mental. Si es posible, se aplicará también a los adultos, y si no lo es, habrán de conformarse con ser los últimos seres de una raza que ha dado el gran salto hacia la conquista del Universo, para lo que hacen falta seres especialmente preparados.

»Por ello, ordenará usted la inmediata reunión del Congreso y se iniciará la reforma, el desarme, la reconciliación y la coexistencia. Libertad absoluta para el individuo. Trabajo, pan y justicia. La ley habrá de ser estricta y no habrán distintas leyes para los mismos derechos y deberes.

»Leyes de sufragio universal, sin engaños ni intereses...

¡Oh, Dios, no puedo creerlo! — exclamó Holmen, mesándose los cabellos—. ¡Todo eso es imposible! ¡Es una utopía!

— Usted lo cree así. Pero yo y Pete no lo creemos.

— ¡Vosotros tenéis una capacidad cerebral muy superior a la nuestra!

— Precisamente por eso, señor presidente. Pete en Oriente y yo aquí, ayudaremos a los investigadores de la ciencia y del derecho en todo lo que necesiten.

— En ese caso, vais a ser vosotros los auténticos dirigentes del mundo — replicó Holmen.

— No lo crea. La Humanidad esperaba esta reforma. Será acogida

con los brazos abiertos, con ilusión y esperanza. Nosotros vamos a ser sus supervisores. No es fácil que nadie pueda engañarnos. La verdad estará siempre en la mente de todos, o nosotros la descubriremos y la haremos del dominio público.

— ¡Ellos no lo harán! ¡Mucha gente se opondrá a eso! ¡La justicia social es una utopía!

— Yo le demostraré que no, señor presidente — replicó Celie, firmemente—. Y, por tanto, debe empezar usted ahora mismo: vaya a su despacho y convocando a todos sus consejeros, senadores y altos jefes civiles y militares.

«Convoque también a la prensa y a todos los medios informativos. Todos los acuerdos han de ser públicos y deben ser discutidos en mi presencia. Mañana mismo, saldré de mi refugio de Nuevo México y vendré aquí.

— ¡No puedes hacer eso! ¡Podrían matarte!

Celie sonrió.

— Yo no puedo morir, señor presidente. No hay arma capaz de acabar conmigo. Moriré cuando me llegue el momento y será por voluntad divina.

— ¿Y ellos aceptarán todo eso? ¿Acatarán la voluntad de Dios?

— Lo harán — dijo Celie, solemnemente.

— Si la humanidad cambia hasta ese extremo, la vida se extinguirá rápidamente sobre el planeta — dijo Holmen.

— No. Todo lo contrario. Se poblará más rápidamente y nuestros descendientes se extenderán hasta los más remotos confines del cosmos, llevando nuestras dobles costumbres.

— ¿Dobles? ¿Qué quieres decir con eso?

— Más inteligente, los seres humanos seguirá» siendo libres de elegir entre el bien y el mal. Los buenos y justos, serán mucho más buenos y justos… ¡Y los malos e injustos no lo serán tanto!

Holmen no comprendió aquello. No podía hacerlo.

CAPÍTULO VII

La señora Harrison lanzó la palma de su mano sobre la mejilla de Peggy Horst, abofeteándola con saña, y gritó:

— ¡Ya tenía ganas de hacerlo, descarada criatura! Pagaré con gusto la multa que me impongan... ¡Y ya está usted saliendo de este despacho ahora mismo!

Luego, la furiosa mujer, se volvió hacia su acobardado esposo.

— ¡Y se te acabó el ir de un lado a otro, siempre acompañado de esta provocativa muñeca! ¡Volverás a casa ahora mismo y serás un padre para tus hijos!

— ¡Verónica!

— ¿Ahora te acuerdas de mi nombre, ingrato? ¿Sabes cuántas veces me he acordado yo del tuyo? ¡Hace quince años que estamos casados, y ocho que apenas vienes por casa! ¡Ahora vendrás aunque tenga que llevarte de la oreja!

— ¡No tienes derecho a tratarme así! ¡Yo he contribuido a mejorar la situación social! ¡Si quieres imponerte, pediré el divorcio!

—¡Nada de eso, Bill! La ley me ampara. Tenemos tres hijos y has de vivir con nosotros. Ya he solicitado permiso para instalar en casa un comercio oficial. Como funcionario de puestos extintos, puedes acogerte al servicio de abastecimientos públicos... ¡Vas a vender fruta!

— ¿Yo, vendiendo fruta en casa? ¡Eso sí que no! ¡Antes me voy a China! Allí rigen otras leyes.

Verónica Harrison esperaba aquella salida de su marido.

— Sí, puedes hacerlo. Eres el cabeza de familia y puedes irte donde quieras. Pero tienes la obligación de llevarnos contigo. Y en China serás peón de la construcción. Elige, querido.

Bill Harrison no tenía elección. Se quedó sentado detrás de la mesa que le había servido durante ocho años para hilvanar las más complicadas intrigas. Ahora, todos sus documentos secretos, ficheros y expedientes, estaban a merced del primero que llegase a solicitar información.

— Todavía no hemos liquidado esto, Verónica — dijo.

— ¡Pues ahora que lo haga tu llamativa secretaria!— rezongó la agresiva mujer—. Yo me vuelvo a casa ahora mismo. La comida es a las dos. Si no acudes, te denunciaré por abandono de familia.

— ¡No puedes hacerme eso! ¡No puedes!

— ¡Ya lo creo que puedo, coronel de pega! ¡Y lo haré como a los dos no estés sentado a la mesa, entre tus hijos y yo!

Dicho esto, Verónica Harrison abandonó el despacho, dando un soberbio portazo.

A un lado de la puerta que comunicaba con la secretaria, Peggy Horst continuaba frotándose la mejilla, roja como la grana.

— ¡No sé cómo me he contenido, Bill!—exclamó.

— Si te revuelves, habría sido peor, Peggy. Esto no tiene remedio ya. ¡Y todo por mi culpa! ¡Por mi grandísima culpa! ¿Cómo diablos pudo Pete Kramo hacerme esto?

— Debiste llenarles el refugio de gas tóxico, como era tu primera idea — dijo Peggy.

— ¡No me lo recuerdes! ¡Maldito, maldito, maldito mil veces!

— ¿Maldito quién?

— ¡Maldito yo, por necio, por estúpido y por animal!

Ante aquellos exabruptos, Peggy no pudo por menos que sonreír.

— Después de todo, ser vendedor de fruta, no es ninguna deshonra, jefe. Iré a comprarte manzanas.

— ¡Brrrr!

* * *

Moxy Luke salió corriendo del garaje. El empleado, detrás suyo, gritó a los transeúntes:

— ¡Detenedle! ¡Al ladrón, al ladrón! ¡Detenedle!

Moxy había dejado el «jet-móvil» al otro lado de la calle. El tráfico era bastante intenso en aquel momento y arriesgarse a cruzar la calzada era un suicidio. Decidió correr suerte hacia la próxima esquina, creyendo llegar a tiempo de alcanzar el semáforo cuando se encendiera el verde.

Sin embargo, la acera estaba muy transitada. Y, aunque pudo esquivar a unas cuantas personas, un ex militar se le lanzó a las piernas, sujetándolo y derribándolo.

En tierra, Moxy quiso revolverse, frenéticamente. Pero su atacante conocía las reglas de la defensa personal y le aplicó unos diestros golpes de kárate, que le dejaron a merced del público.

Poco después, Moxy Luke, el garajista y el dinero robado, junto con el viejo revólver empleado en el atraco, eran conducidos a la estación de policía del distrito.

Moxy Luke se recobró durante el trayecto y supo, de labios de un agente de seguridad pública:

— ¿No te has enterado que ahora hay más policía que antes, chico? ¿De qué te conozco yo? ¿Cómo te llamas?

— Soy Pete Kramo.

Tanto el agente como su compañero y el garajista quedaron atónitos al darse cuenta del extraordinario parecido de Moxy con el hombre más importante del mundo.

— ¡No! ¡Esto no puede ser verdad!

El comisario, al ver a Moxy, pegó un salto en su asiento.

— Ha robado en un garaje de la calle Colver, señor comisario.

— Pero... ¿usted no es...?

— Dice que es Pete Kramo.

— ¡Cielo santo! ¡Esto no puede ser!

Moxy sonrió e intentó sacar ventaja de su situación.

—¿Yo no puedo hacer lo que me plazca? Estaba realizando una experiencia social.

— ¿Una qué?

— Bueno. Usted no lo entendería. Será mejor que me vaya. No hay delito. Ahí está el dinero. Nadie ha perdido nada.

Diciendo esto, Moxy dio media vuelta, para dirigirse a la Salida, pero uno de los agentes abatió su mano derecha sobre el hombro del joven.

—Quieto, jovencito. La ley es igual para todos. Aunque seas el verdadero presidente de la nación, la tentativa de robo se paga.

— Pero... ¡esto es un atropello! ¡Les destituiré! ¡Les haré encarcelar! ¡Les convertiré en gatos! —Moxy Luke hizo unos cuantos aspavientos, confundiendo a los agentes, y luego salió corriendo hacia la puerta.

Pero otro agente que había afuera le detuvo, bloqueándole el paso.

— ¡Basta de tonterías! — bramó el comisario, furioso ya —. Tanto si eres Pete Kramo como si no, has cometido un delito y debes pagarlo... Veamos la tabla de la nueva ley. —Tomó un libro que tenía sobre la mesa y lo ojeó, hasta detenerse en una tabla de penas—. Aquí está... Tentativa de robo... Dos meses de cárcel.

— ¡Intentó matarme! — añadió el garajista.

— Pero está usted vivo, amigo — contestó el comisario—. Los delitos de sangre están especificados en otro capítulo. No ha habido más que intimidación. Si estuviese usted muerto, serían dos meses de cárcel por tentativa de robo y ocho años de trabajos forzados, con indemnización, por homicidio.

»Esas leyes están tan claras que ya no necesitamos jueces. Sentenciado, amigo. Llévenselo.

Diciendo esto, el comisario estampó un sello sobre una cartulina y escribió la condena que Moxy Luke debía sufrir. Allí no figuraba nombre alguno. No había cuidado de que el agente encargado de su custodia se le escapase, porque si esto ocurría, sería el agente quien

cumpliría la condena de Moxy.

La justicia se había simplificado extraordinariamente.

* * *

— ¿Y qué hacemos nosotros? — preguntó el juez del Tribunal Supremo, Simón Carr, a Celie.

La joven sonrió y se inclinó hacia adelante, sobre la mesa:

— Ustedes son historiadores, escritores, literatos, investigadores del derecho antiguo. Tendrán sus tribunales del derecho, donde se investigará la razón, la verdad y el derecho. Pero no juzgarán a nadie más. De juzgar a los hombres se encargará la ley, que está en manos de los agentes del orden.

— ¡Es lo más absurdo que he oído jamás! —exclamó Simón Carr, consternado.

— Todo lo contrario, querido juez. Ya no tendrán que cargar en su conciencia los errores judiciales. Ustedes son libres de hablar de lo que quieran. Pueden juzgar las obras de los demás y pronunciarse a favor o en contra de ellas, pero nadie les hará caso. Juzgarán sobré juzgado. ¿Me entiende?

»Las personas sólo son responsables ante la ley, y eso lo ejecutan los mantenedores del orden, de acuerdo con tablas invariables.

— ¿Y los matices?

— Ya no hay matices. Hay delitos consumados o tentativas de delito. Todo se paga. No discuta usted eso, por favor. Jamás han permitido ustedes que se discutiera una sentencia.

— ¿Y de qué vamos a vivir?

— De su trabajo, naturalmente. Ustedes realizarán una labor, sea útil o no. Por lo tanto, percibirán el sueldo correspondiente, que será mucho más elevado que el de un peón. Su carrera es larga. Además, publicando obras de derecho, pueden obtener beneficios extras.

«Ustedes pertenecen al Departamento de Justicia. Cumplan con su deber dignamente y que se archiven sus sentencias como si los criminales estuviesen, como antes, en su presencia.

— ¿Tendremos las mismas jerarquías? — insistió Simón Carr, todavía confuso.

— Naturalmente. Y pueden crear ustedes super tribunales, para juzgar lo que juzguen los tribunales. Estoy segura de que la verdad y la justicia prevalecerá al fin, no habiendo intereses por medio.

«No se preocupe, señor juez. No les faltará trabajo. Infinidad de personas les consultarán con frecuencia, para conocer sus derechos y deberes. La gente no querrá tropezar con la ley. Todos se preocuparán

de saber lo que deben hacer, cosa que antes no ocurría, porque se confiaba en que ustedes arreglarían las cosas.

»Por lo demás, cualquier duda que tenga, puede consultarla con el jefe de su Departamento, quien tiene instrucciones al respecto. En caso de que no fuese así, el jefe del Departamento de Justicia consultaría con el presidente.

«Nosotros hemos previsto mucho más de lo que habría previsto cualquiera. Pero no somos infalibles. Algo se nos puede haber pasado. La práctica y la experiencia hará que todo marche perfectamente. ¿Acaso no se da usted cuenta del enorme cambio que se está produciendo en el mundo entero?

* * *

El general Elswell, como el juez Carr, también estaba en la lista de las audiencias que debía atender Celie Kramo. Al entrar en el despacho que la joven tenía en la Casablanca, saludó militarmente y se quedó rígido.

— Por favor, general; siéntese usted — rogó la muchacha.

— Prefiero más permanecer en pie, señorita Kramo — dijo Elswell, muy serio.

— Bien. Como usted guste. ¿Qué se le ofrece, general?

— Siento un alto respeto por todo cuanto he sabido de usted y de Pete Kramo. Me asombra el genio de ustedes y el poder mental que han demostrado públicamente.

«Pero como representante de las fuerzas armadas, paladines que hemos sido en defensa de la nación y de Occidente, me siento profundamente defraudado y deseo expresar mi desacato...

— Alto, general — atajó Celie, vivamente—. ¿Qué le ocurre a usted?

— Hemos sido insultados, ofendidos, maltratados, vilipendiados y relegados...

—¿Por qué dice eso, general? No se han disuelto las fuerzas armadas.

— ¿Y qué hacemos nosotros sin guerras? ¿Qué es un marino sin buques o un bombero sin incendios?

Celie sonrió.

— Se les ha asignado a ustedes, al ejército del mundo entero, la misión más grande y sublime de cuantas puedan emprender los hombres. Precisamente, el Departamento del Ejército se ha unificado. Ahora, aire, marina y tierra forma un solo ejército. Se le ha asignado a usted el presupuesto más alto de todos y se admiten voluntarios,

varones y hembras, para el ejército, desde catorce años a treinta.

«Tendrán ustedes unos sueldos como jamás los habían soñado y el número de tropas y oficiales aumentará en un cincuenta por ciento más del que tenían entre todos los ejércitos del mundo juntos. ¿Qué más quiere?

— ¿Y contra quién vamos a luchar, si todos somos amigos?

— ¡Ah, general, usted tiene la visión reducida! Salga usted al jardín de su casa esta noche y mire al cielo. Cuente las estrellas y respóndase usted mismo.

»El ejército se encargará de conquistar mundos en ese universo estrellado. Luego, la ciencia y el trabajo se extenderán sobre los mundos que ustedes conquisten. Les daremos naves, armas, hombres... Ustedes se adiestraran para la gran aventura del cosmos. Ése es su puesto, general Elswell. ¡Jamás había tenido ejército humano alguno una misión más digna y más ambiciosa!

El general Elswell estaba ya tan confuso que no supo qué replicar.

Luego, de pronto, levantándose súbitamente, tomó la mano de Celie y se la llevó a los labios, musitando, lleno de emoción:

— ¡Que Dios la bendiga a usted siempre, hija mía!

Ella sonrió, levantándose también y preguntó:

— ¿Está usted más tranquilo ahora, general Elswell?

— ¡Me siento el hombre más dichoso del mundo, señorita! ¡Es usted una santa!

— ¡Por Dios, general...! ¿Qué cosas dice usted?

— Vuelvo a sentirme importante de nuevo. Un militar sin tropas a quien mandar es como...

— ...Un marino sin buques o un bombero sin fuego.

Celie rió y acompañó al general Elswell hasta la puerta.

* * *

Henry Pearson, ex fiscal general del Estado de California también se sentía el hombre más desdichado del mundo. No había hecho más que entrever un brillante futuro político, cuando la gran reforma venía a echar por el suelo sus ambiciosas ilusiones.

Al recobrarse de su estupor, pensó en tomar un «super-jet» y trasladarse a Moscú, para tener una entrevista con Pete Kramo, el cual continuaba aún allí, organizando lo que había sido el Oriente Hostil.

Pero lo pensó mejor y decidió ir a Washington, a ver a Celie Kramo. Para los efectos, era lo mismo. Y el viaje resultaba más corto y más económico.

Celie estaba conferenciando con el presidente Holmen y hubo de

esperar más de cinco horas. Al fin, Celie aceptó recibirle, pero como era hora de cenar, le invitó a su mesa.

Emocionado, el ex fiscal general de California y ex Director del Reformatorio Juvenil de San Gabriel, aceptó cenar con ella.

Mientras les servían, Celie preguntó, sonriente:

— ¿Qué le trae a usted por aquí, mi buen amigo?

— Estoy desoladísimo, Celie.

— ¿Y eso?

— Esta profunda reforma político-económica-social... ¿Es correcta la palabra...? Bueno, ha destruido totalmente mi mundo.

— Le entiendo, porque estoy leyendo sus pensamientos, señor Pearson — dijo Celie, sonriente—. Y le diré, aproximadamente, lo mismo que le he dicho hoy al Cardenal Kerry: nada desterrará la religión del corazón de los pueblos... A usted le digo lo mismo: el hombre es un ser eminentemente político y lo será siempre.

»No tiene usted por qué preocuparse, amigo mío. Habrán elecciones para presidente, para gobernadores, para senadores, para alcaldes, para alguaciles. Los pueblos deben regirse por estatutos municipales, por estados, por naciones. Nada ha cambiado.

«Usted tendrá que luchar por el cargo que soñaba. Habría sido muy fácil apoyarse en nuestra amistad para escalar puestos políticos. Y eso no puede ser. Ahora, sólo está ocupado el puesto de presidente de los Estados Unidos, pero es un cargo provisional. Pronto se iniciarán las campañas para los cargos públicos que han quedado vacantes. Sea usted candidato. Luche contra sus oponentes. Plantee usted su programa. Y si es el mejor, el pueblo le elegirá a usted, no le quepa duda. Pero no sería justo que yo o Pete le ayudásemos. Otro candidato puede presentar un programa mejor que el suyo. ¿Lo entiende, verdad?

Henry Pearson suspiró y dijo:

— Entiendo. Juego limpio, ¿eh?

— Exactamente, amigo mío. Juego limpio en todo y por todo. Si no es así, un simple agente de policía puede presentarse en la residencia del gobernador y mostrarle el libro de la ley. Cuanto más alto se está, la caída es más grande.

«Un alto cargo tiene más responsabilidad que un cargo insignificante. Yo, sinceramente, creo que usted no sirve para gobernador. Y por eso me permito aconsejarle únicamente.

— ¿Para qué crees que sirvo, pues?

— ¿No se molestará usted si se lo digo, señor Pearson?

— No. Sinceridad por sinceridad. En absoluto. Creo que si me das una acertada orientación en mi vida, te lo agradeceré mientras viva.

— Pues bien, señor Pearson. Usted es el perfecto jefe de estación de ferrocarril.

— ¿Eh? ¿Cómo mi padre?

— Exactamente. Y no dudo que, con una adecuada preparación, dirigiría usted perfectamente la Grand Central Station de Nueva York.

Henry Pearson se quedó confuso unos instantes. Luego, su semblante se animó poco a poco y terminó por exclamar:

— ¡Eureka, Celie! ¡Has dado en la diana perfectamente! ¡Ése ha sido mi sueño profundo durante toda mi vida, pero mi padre se empeñó en que yo no fuese de ferrocarriles, como él!

— Y sufrió usted una frustración, ¿verdad?

— Sí. Ahora me alegro de haber venido a verte… ¡Voy a presentar oposiciones para ingresar en el cuerpo de vías férreas! ¡Estudiaré, lucharé y no me detendré hasta conseguir ser jefe de una gran estación, donde entren y salgan diariamente centenares de convoyes!

«¡Gracias, Celie! ¡Ahora me siento el hombre más feliz del mundo!

Henry Pearson ya no pudo terminar de cenar. La felicidad le quitó el apetito.

CAPÍTULOS VIII

El presidente Holmen llamó a Celie a su despacho, por medio del interfonovisor.

— Celie, por favor, ¿puedes subir a mi despacho?

— Sí, señor presidente, ¿cómo no? Voy inmediatamente.

Celie podía ir por todas partes de la Casablanca, como si estuviese en su propio domicilio. La guardia personal del presidente la saludaba con respeto y consideración cada vez que ella entraba o salía.

El secretario particular de Holmen la estaba esperando. Fue él quien dijo:

— Celie, prepárese a recibir una sorpresa.

— ¿Qué ocurre, Harry?

— Ya lo verá. El presidente tiene una visita.

Celie podía anticiparse a los acontecimientos, porque su mente le permitía ir más allá de la realidad. Sin embargo, no lo hizo y aguardó, extrañamente, a entrar en el despacho de Holmen, a quien encontró acompañado por dos personas de edad madura, hombre y mujer.

— Celie, permíteme presentarte al señor y la señora Steel, de Nueva York.

La mujer, que vestía con elegancia, iba cuidadosamente peinada y todo en ella revelaba haber sido una mujer muy bella en su juventud, miró con ansiedad al entrar Celie.

— Mucho gusto, señores — contestó Celie, con un hilo de voz, empezando a no poder controlar sus emociones.

¡Adivinó inmediatamente quiénes eran aquellas personas!

— A los señores Steel les robaron un bebé hace diecisiete años, en el Hospital Bellevue, de Nueva York — habló James D. Holmen, lentamente, sin apartar sus escrutadores ojos del sorprendido semblante de Celie.

La joven no replicó. Sabía ya, más bien por intuición que por lógica, que aquellas personas no eran sus padres.

Por esto, al hablar lo hizo con un delicado tacto:

— Señora Steel, lamento profundamente su desgracia. Comprendo lo que debió sufrir en aquellos momentos...

— ¡Hija...!—exclamó la señora Steel, sin poder contener más tiempo su emoción.

Su esposo, más sereno, la contuvo. Celie le transmitió el pensamiento de la verdad en una fracción de segundo.

— Ella no es nuestra hija, Helen.

— Lo siento, señora Steel. Su hija murió.

— ¡Nooo!

—Su sacrificio fue injusto, pero necesario. El doctor Alex Kramo no estaba equivocado en su teoría y yo soy una prueba palpable de ello. De no haber sido por su pequeña Sara, quizás el doctor Kramo habría fracasado.

— ¡Mi hija tenía que llamarse Helen, como yo! — exclamó la señora Steel, llorando sobre el pecho de su esposo.

— Sara fue el nombre que le puso Marcelo Chatre. Ignoro cómo debía llamarse. Tampoco sé quién fue mi madre, pero espero reconocerla inmediatamente, cuando la encuentre... ¡Y tal vez usted pueda ayudarme!

— Efectivamente — habló el señor Steel—. Yo estuve en el proceso que se inició a raíz del secuestro. Conocí a todas las madres a quienes les fueron arrebatados los hijos.

— ¿Sabe usted dónde están? — preguntó Celie, anhelante.

— Sí. Tengo sus domicilios anotados en mi casa... Quiero decir que tengo los nombres y direcciones de donde vivían hace diecisiete años.

— ¿Quiere usted facilitármelos?

—Con mucho gusto.

— ¡No es nuestra hija, Peter! — gimió Helen Steel.

— No, Helen. Nuestra hija murió.

— ¡Pero prestó un importantísimo servicio a la humanidad, señora Steel! — replicó Celie —. No puede usted darse cuenta exacta de lo que ello significa. Ustedes, cinco familias más y la pequeña Karen Kramo, han contribuido de modo extraordinario al beneficio de toda la humanidad, y por ello serán premiados y recompensados como se merecen. Yo, personalmente, me cuidaré de que así sea.

— Gracias, Celie Kramo — contestó el señor Steel, emocionado —. Ahora me siento mucho más tranquilo. Perdimos una niña recién nacida y desde el cielo sé que está ayudando a que todos los hombres de la Tierra seamos hermanos.

— Dé usted gracias a la hija que perdió, señor Steel. Y usted, señora, considéreme, si lo desea, como la hija que perdió. Yo soy Sara, Milay y Celie... ¡Pete es, asimismo, Jan y Joe!

* * *

La señora Werwick era viuda y tenía seis hijos.

Celie fue a verla a su modesta vivienda de la Calle 72 Este, en Nueva York. Quiso verla primero a ella, porque... ¡la señora Werwick

era la madre de Pete Kramo!

Razones particulares la hicieron demorar la entrevista con sus propios padres, cuya identidad supo en el mismo momento de ver la lista que le facilitó el señor Steel, y que ella misma habría podido averiguar, consultando el proceso que se inició con el secuestro.

¿Por qué no lo habían hecho?

De ello hablaron ampliamente, años atrás, Celie y Pete. Pudieron hacerlo y optaron por dejarlo para más tarde. En aquellos momentos, sus cerebros estaban todavía en embrión. Luego, en su pleno desarrollo, urgía más la Gran Reforma que estaban llevando a cabo y de la que se beneficiaría toda la Humanidad.

Por último, cuidarían de sí mismos. Ellos no podían ser los primeros en recibir beneficios de sus prodigiosos cerebros.

Con mano trémula, Celie llamó al timbre de la modesta mansión. Una voz áspera sonó al otro lado del tabique:

— ¡Voy!

Se abrió la puerta y apareció un hombre joven, de unos veinticinco años, moreno y de facciones bastante semejantes a las de Pete Kramo.

— ¿La señora Werwick?

— Está ocupada... ¡Y no necesitamos seguros, ni televisores en color ni nada! Lo siento, pequeña.

Albert Werwick fue a cerrar la puerta, pero se encontró con una terrible oposición, como si hubiese quedado trabada.

— ¿Qué diablos...? — empezó a decir.

— Perdona, Albert. Quiero hablar con tu madre. Sé que está ocupada en la cocina, pero lo que tengo que decirle es importante.

— ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién...?

Celie entró, ¡pasando a través de Albert, como si éste no existiera!, y dándole el mayor susto de su vida. Luego gritó aterrorizado.

Sus gritos hicieron salir a una mujer de cierta edad, envejecida prematuramente por el trabajo y los agobios.

— ¿Qué ocurre, Albert? ¿Qué te han hecho, hijo mío?

Al ver a Celie ante ella, en el pequeño y desguarnecido recibidor, la señora Werwick quedó boquiabierta.

— ¿Quién eres, pequeña?

— Soy Celie Kramo. ¿No han oído hablar de mí?

— Pues...

— ¡Sí, mamá! — gritó Albert —. ¡Es esa chica que ha revolucionado el mundo! ¡Virgen santísima! ¡Y ha venido a nuestra casa!

Una muchacha mal vestida, menor que Celie, apareció detrás de su madre, revuelto el cabello.

— Hola, Betty —saludó Celie, sonriendo—. Señora Werwick, tengo el gusto de anunciarle que el hijo que le fue robado hace diecisiete años, en el Hospital Bellevue, es mi hermano Pete.

— ¿Pete Kramo? — exclamó Albert Werwick.

La señora Werwick abrió inmensamente los ojos y... se desmayó.

* * *

Pete Kramo, por su parte, fue a Roma, donde vivía el matrimonio Gaylord, padres de Celie. Ella se encargó de visitar a los parientes de Pete, y él se cuidó de ir a ver a los de Celie.

Ernest Gaylord era escritor cinematográfico y trabajaba para una empresa italiana. A diferencia de los Werwick, la situación económica de los Gaylord era desahogada, como lo demostraba la bonita finca de dos pisos que tenían en la zona residencial de Campo Hércules.

Pete llegó a Roma rigurosamente de incógnito, procedente de Pekín, e inmediatamente, en un helico-taxi, se hizo trasladar a casa de Ernest Gaylor.

Le abrió una doncella, que le hizo pasar a un lujoso hall.

— Inmediatamente avisaré al señor Gaylord. ¿A quién anuncio?

— Dígale que soy Pete Kramo.

— Sí, perfectamente — contestó la doncella, retirándose sin darle importancia al nombre.

Sin embargo, no hizo más que abandonar el hall cuando volvió a salir, demudado el semblante.

— ¿Ha dicho usted Pete Kramo?

— Sí, el mismo — sonrió Pete.

— ¿El que...? ¡Oh, algo me da! ¡Señor Ernest... Señora...! ¡Vengan pronto!

Pete ejerció influencia mental para impedir el desmayo de la doncella. Sonriendo, se acercó a ella.

— Cálmese, por favor. No soy nada del otro mundo, sino de éste.

En aquel momento apareció el padre de Celie, que era un hombre alto, de cabello entrecano, con recio bigote. Era un individuo inteligente y un chispazo de intuición le hizo comprender que iba a vivir un auténtico milagro.

— ¿Eres tú Pete Kramo?

— Sí, señor Gaylord. Ése es mi nombre. ¿Sabe a lo que vengo?

— Hace diecisiete años, en Nueva York, mi esposa tuvo una niña...

— Exactamente, señor Gaylord. Me complace mucho anunciarle que su hija vive aún y tendré muchísimo gusto en llevarles inmediatamente a Nueva York para que la vean.

— ¿Inmediatamente? — preguntó Ernest Gaylord.

— En este mismo instante — contestó Pete, al ver aparecer a la señora Gaylord, corriendo, detrás de su esposo.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Mary Gaylord, asustada.

— ¡Nuestra hija vive, Mary!

Mary Gaylord quedó tan aturdida que la boca, de rasgos parecidos a los de Celie, pareció desencajarse.

Sin embargo, su grito desapareció con ella y su esposa.

La doncella, que se había recobrado a medias de su estupor, al ver desvanecerse a sus señores, estuvo a punto de desmayarse de nuevo.

— ¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Dónde... están?

— Han ido a ver a su hija.

— Pero... ¡si no tienen ninguna hija! ¡La señora no puede tener hijos desde...! ¡Ay, que me da algo!

La influencia mental de Pete hizo también su efecto sobre la doncella italiana, a la que levantó, en el aire, colocándola horizontalmente, para luego ser trasladada a una butaca, donde quedó tendida.

— Descanse, señorita. Cuando se despierte creerá que sus señores han salido de viaje.

Dicho esto, Pete abandonó la casa para tomar un vehículo público y dirigirse al Vaticano, donde tenía una audiencia especial con el Papa Gregorio XVII.

Pete se sentía inmensamente feliz.

* * *

Celie estaba preparada para la teleportación de sus padres, a los que esperó en la antigua mansión, recientemente restaurada, que diecisiete años atrás habían poseído los Gaylord en Queen's.

Todo estaba exactamente como antaño. Celie se había documentado bien en poco tiempo y realizó el «milagro» de la restauración en el mismo tiempo que un fumador tarda en encender un cigarrillo.

Sus padres se materializaron en el centro del vestíbulo.

La señora Gaylord, que no se había repuesto aún de su asombro, no supo si ponerse a gritar o abrazar a la que su instinto de madre identificó como a su hija. Y optó por esto último, cuando ya Celie corría hacia ella para refugiarse en sus brazos.

— ¡Mi bebé! ¡Mi pequeño y querido bebé! ¡Mi niña!

También el escritor cinematográfico se sintió un poco como alguno de los freudianos personajes de sus guiones, en primer lugar por las

extrañas circunstancias de saltar de Roma a Nueva York, sin transición de tiempo, y en segundo por haberse encontrado con una hija que hacía años dio por perdida.

Unidos, pues, los tres en un estrecho abrazo, riendo y llorando a un tiempo, se besaron y se preguntaron mil cosas. Luego el padre quiso tranquilizar a la madre y habló sentenciosamente:

—Déjala ya, Mary. Has recobrado a tu hija y vas a matarla.

— ¡Mi hija! ¿Cómo te llamas, cariño mío?

— Vosotros queríais ponerme el horrible nombre de Wanda, que fue el nombre del personaje de una serie de televisión que escribió papá — contestó la joven—. Pero yo prefiero llamarme Celie.

— ¡Te llamaremos como tú quieras! Y oye: ¿qué hacemos aquí? ¡Ésta era nuestra casa, Mary! ¿No te acuerdas? ¡La vendimos para irnos a Los Angeles...! ¡Y mis cuadros! ¡Y mis pipas! ¡Apuesto que en ese armario hay un whisky que ya no se vende...! ¡Oh, aquí está, mi querido «Highlander's»!

— ¡Es como un cuento de hadas, hijita! ¡Como un maravilloso cuento de hadas! ¿Por qué no nos has buscado antes, Celie? ¡Qué nombre más bonito! ¡Me gusta más que el de Wanda! ¡Déjame que te vuelva a besar!

Ernest Gaylord, con una copa de whisky en la mano y una vieja pipa en la otra, contempló satisfecho el cuadro que ofrecían su hija y su esposa. Emocionado, musitó:

— Llegas con diecisiete años de retraso, Celie... Pero lo bueno es que no tengo que educarte. ¿Me explicarás ahora toda la verdad de tu extraña e increíble aventura?

— Nada de extraño, papá — contestó Celie, sonriendo —. Te habrás enterado de lo que hemos hecho Pete y yo.

— Sí. Algo que jamás creí que pudiera realizarse. Ni los soñadores más exagerados creyeron posible lo que habéis hecho vosotros. Pero deseo saberlo todo desde el principio.

— El doctor Alex Kramo, que fue muy bueno con nosotros, no tuvo más remedio que enviar a sus ayudantes en busca de recién nacidos para realizar una experiencia tan fantástica como increíble, y en la que ya había sacrificado a su hija Karen.

»Alex Kramo fue un hombre insigne que intuyó el desarrollo del cerebro humano y se dijo que para realizar los ensayos bien merecía la pena hacer sufrir a seis madres.

— ¡Sufrí más de lo que tú puedes imaginarte, hija mía!

Celie sonrió y dijo:

— Soy capaz de imaginar cosas increíbles. Mi cerebro posee una capacidad mental como de mil veces más que el vuestro.

— ¡Oh! ¡Tiene que ser horrible tener una hija tan lista!

— Vamos, vamos, mamá. Soy también la más comprensiva de las hijas.

— No importa, querida... ¡Oh, qué maravilla tan grande! ¡No me cansaré jamás de dar gracias a Dios!

— ¿Y qué ocurrió después del experimento del doctor Kramo? — quiso saber Ernest Gaylord.

Celie satisfizo la curiosidad de su padre, transmitiéndole en un segundo toda la historia de su vida.

Su madre también recibió la misma información mental.

— ¿Y has vivido con Pete Werwick como si fuese tu hermano?

— ¡Pete es para mí mucho más que un hermano, papá! ¡Voy a casarme con él!

— ¿Vas a casarte con Pete Kramo? — preguntó Mary Gaylord, estupefacta.

— Sí, mamá.

— ¡Pero si eres muy joven!

— Tengo muchísima más experiencia que tú, mamá. No lo olvides — contestó Celie, muy seria—. Sin embargo, no va a ser inmediatamente. Aún tenernos muchas cosas que hacer.

— No salgo de sorpresas... Hemos venido desde Roma sin ninguna clase de vehículo. ¿Cómo es posible todo esto?

— La fuerza de mi mente es tal, y mi magnetismo tan poderoso, que puedo incluso contrarrestar la fuerza de la gravedad. Desintegramos la materia a distancia y volvemos a integrarla donde nos conviene. Penetramos en los más profundos misterios de la ciencia y del porvenir; intuimos de modo cierto lo que ocurre en muchos lugares a la vez. Y estas facultades sólo se pueden adquirir al poco de nacer, sometiendo al cerebro en embrión a una transmutación genética que transforma los genes hereditarios contenidos en la DNA o sustancia dioxirybonucleico.

»Esto lo concibieron los hombres de ciencia hace años, pero no fue hasta el doctor Alex Kramo que se consiguió, utilizando un transportador químico neuro-hormonal llamado «indocaína».

»Ahora, Pete y yo, si nos es posible, estableceremos la proporción exacta de «indoicaína» que se debe administrar a todo recién nacido, para que, con el transcurso del tiempo, toda la humanidad posea nuestras mismas facultades mentales.

»La humanidad debe transmutarse a partir de ahora, a fin de afrontar la dura prueba de la conquista del Universo, para lo que harán falta seres especialmente preparados, como nosotros.

— ¿Y cómo serán vuestros hijos? — preguntó Ernest Gaylord.

—A partir de nosotros, las generaciones sucesivas irán en progresivo desarrollo.

— ¿Cada vez más sabios?

— Sí.

— ¿Acaso la capacidad del cerebro es ilimitada?

— Sí, es ilimitada, papá. Los seres humanos deben poder realizar siempre todo aquello que sean capaces de imaginar.

— Pero la imaginación está limitada por la fantasía, Celie. Yo puedo hablarte de eso.

— Si la fantasía no posee límite, la imaginación de los hombres tampoco, papá. Una cosa es consecuencia de la otra.

— No lo puedo creer. Debe existir límite en alguna parte… El universo es ilimitado pero infinito.

— Eso es falso también. Si es ilimitado es por su magnitud de infinito.

— ¿Y qué es el infinito, pues?

— Algo tan grande que no se puede imaginar ni concebir… ¡Sólo Dios lo concibe, papá!

CAPÍTULO IX

En el Centro de Investigaciones Médicas de la Facultad de Medicina de París, un congreso de eminentes científicos de todo el mundo se reunían en torno al hemiciclo de experimentación, donde Pete Werwick y Celie Gaylord —pues por estos nombres se les conocía ahora en el mundo entero — estaban disertando sobre el procedimiento de la administración de la «indoicaína» a un bebé recién nacido.

Allí cerca, en primera fila, se encontraba el satisfecho padre que había ofrecido a su hijito recién nacido en beneficio de la ciencia. ¡El hombre quería aparecer ante el mundo como el primer padre que había dado a su hijo voluntariamente a la ciencia!

Aquel bebé sería un genio como lo eran Celie y Pete.

— Nuestros ensayos previos nos indican que la dosis ha de ser de un tercio de gramo el primer día. Veinticuatro horas después se le debe administrar medio gramo. Al tercer día tres cuartos de gramo. Luego, esperar exactamente igual que la primera y en el mismo orden. La espera será de seis días... ¿Toman ustedes nota, caballeros?

Todos los asistentes al congreso médico copiaron rápidamente las indicaciones.

— La «indoicaína» se administra por vía bucal y no presenta síntomas externos. El bebé lo asimila e inicia su adaptación cerebral, que no se revelará hasta los cinco o seis años.

»A partir de esa edad, la capacidad mental del individuo empezará a desarrollarse con creciente rapidez hasta alcanzar su plenitud a los quince años.

»Lo que no sabemos todavía es cuál es el límite de esa capacidad. Sólo podemos expresar el coeficiente hasta el momento actual.

— ¿En qué proporción nos aventajan ustedes a nosotros?— preguntó un joven médico español, con cierta timidez, desde el hemiciclo —. ¿He hecho bien la pregunta?

— Le he entendido perfectamente, doctor Suárez — contestó Celie —. Nosotros tenemos dos aspectos encefalógicos. A saber: fuerza mental magnética, a la que la raza humana podría llegar en su proceso evolutivo normal dentro de unos millones de años, y lo que llamamos desarrollo mental. Son dos cosas distintas. Nuestro magnetismo nos permite realizar todas esas cosas que ustedes consideran increíbles, como la de transmutar objetos o personas, desintegrar, viajar en el

espacio, etc. En cambio, el desarrollo es capacidad mental únicamente, lo cual nos permite resolver ecuaciones matemáticas con mayor rapidez que una computadora.

«Ustedes nos pueden presentar un número de mil cifras y nosotros le extraemos la enésima raíz cúbica en fracciones de segundo.

«Entonces, contestando a su pregunta, doctor Suárez, nosotros somos como diez mil veces más listos que ustedes... ¡Y no es jactancia, créanme!

Celie hablaba con una sencillez impresionante. Su sola figura, envuelta en la clámide plateada, allá abajo, en el centro del hemiciclo, respondiendo a la curiosidad científica de los médicos, ya era algo impresionante.

Todos aquellos hombres habían visto a la famosa pareja en televisión. Y las demostraciones de poder mental y físico que les dieron les habrían dejado convertidos en insignificantes hormigas. Ahora, Celie y Pete estaban delante de ellos, en carne y hueso.

Para las mentes de aquellos sabios, la pareja eran dioses.

— ¿Habéis realizado ya esta experiencia? — preguntó un médico francés —. Quiero decir si sabéis exactamente y con seguridad que ésa es la proporción exacta de «indoicaína».

— Sí — respondió ahora Pete—. Hemos hecho la prueba.

— ¿Y cuándo se sabrá el resultado? ¿Dentro de cinco o seis años?

— Nosotros sabemos ya que ha tenido éxito.

— ¿Cómo lo sabéis?

— Porque nuestras mentes han captado ya la presencia embrionaria de un nuevo ser semejante a nosotros— respondió Pete.

El ufano padre de la criatura que estaba siendo experimentada allí, se sintió ligeramente defraudado. Su bebé no era, pues, el primero en la experimentación. Sin embargo, todavía continuaba siendo un gran honor para él.

— ¿No podéis darnos pruebas más concretas y rápidas?— preguntó un viejo profesor inglés, con acento desconfiado —. Se rumorea por ahí que vosotros no sois más que seres extraordinarios llegados de otros mundos con ánimo de conquista.

— ¡No sea ridículo, *sir* Roony! — contestó Celie —. Mis padres son de este planeta, yo nací en este planeta y he vivido siempre aquí. Tenemos numerosos testigos presenciales. Nuestras vidas las conocen ustedes tan bien como nosotros conocemos las suyas.

»¿Desea usted que diga a sus colegas que es usted desconfiado hasta de sí mismo y que no cree nada más en lo que ven sus ojos?

Hubo un coro irónico entre los congresistas y el científico británico ya no volvió a despegar los labios.

— Señores, se les suministrará «indoicaína» para que empiecen ustedes a administrarla a todos los recién nacidos. Así está dispuesto en la ley. La humanidad debe ser ayudada a la gran mutación. Ya han visto ustedes cómo lo hemos hecho nosotros.

— ¿Debemos llamar a esa droga «indoicaína» o « kramoína»? — preguntó otro hombre.

— Sí. La prensa ha sugerido que debe llevar el nombre de su descubridor.

— La prensa está equivocada, caballeros — replicó Pete, dignamente —. El doctor Alex Kramo no quería gloria para sí, sino todo lo contrario. Creo que respetaremos más su memoria adoptando el nombre que él mismo le puso a la droga. Si estuviese entre nosotros, pugnaría porque conservara su nombre original. Así lo habría querido él y así lo queremos nosotros. Seamos comprensivos y respetuosos con su memoria.

* * *

La señora Werwick había trabajado toda su vida. Verse, de pronto, servida y atendida por esmerados sirvientes le parecía lo más grotesco del mundo.

Y así se lo dijo a Suzy Clermont, su nuera.

— ¡No lo soporto, Suzy! Tengo que hacer algo. No puedo estar ociosa.

— ¡Por favor, mamá! ¡Ya se ha ganado usted el descanso! —replicó la ex directora del Instituto de Protección Femenina de Los Ángeles—. Ya sabe lo que piensa Pete.

— ¿Cómo demonios voy a saber yo lo que piensa ese extraordinario hijo mío? — refunfuñó la buena y hacendosa mujer—. Sé lo que piensa Dick, tu marido, y lo que piensan, Albert, Sylvia, Lem y Betty... ¡Pero jamás sabré lo que piensa Pete!

Suzy sonrió y dejó sobre la mesita de oro la revista que había estado ojeando.

— Es comprensible, mamá... ¡Ya está Dick peleándose con Betty en la piscina! Desde luego, me he casado con un chiquillo, mamá.

— Dick me ha dado más alegrías que ninguno de mis demás hijos... Bueno, Pete no cuenta, ¿eh?

Albert descendió la escalera. Iba envuelto en un hermoso albornoz y llevaba una toalla roja al cuello.

— Suzy, ¿no vienes a la piscina?

— No. Y dile a Dick que salga pronto del agua. Tiene que llevarme a la ciudad.

Los Werwick estaban viviendo en la finca que antaño había pertenecido al doctor Kramo, y que había sido restaurada, modernizada y ampliada. Un cuidado jardín rodeaba la solariega mansión, protegida con setos, vallado magnético y distante casi una milla de la mansión más próxima.

Era aquello un auténtico palacio, regalo del pueblo americano a Pete Werwick.

— Se lo diré, cuñada. Anoche me contó Celie cómo te mataron y ella te resucitó.

El rostro de Suzy Clermont se tornó ceniciento súbitamente.

— ¡No me lo recuerdes! Celie me prometió no decir nada de aquello.

— ¡Bah, no fue más que una aventura de chica solterona!

— ¡Cállate, Albert! — gritó Suzy.

— ¿Bueno hay algo malo en decir la verdad? No entenderé las nuevas leyes. Tendré que pedir a Pete que me las explique el fin de semana. No sé qué me pasa, no me entran las cosas en la cabeza.

Albert Werwick salió, del salón, hacia la terraza.

La señora Werwick miró a su nuera y murmuró:

— No debe ser nada agradable morir y luego encontrarse de nuevo con vida en el hospital.

— No estuve realmente muerta, mamá — contestó Suzy—. Aquel granuja, condenado espía, embustero y farsante, disparó contra Celie y contra mí. A ella la atravesaron las balas explosivas, porque, en realidad, su cuerpo no estaba allí.

»Pero yo no pude escapar y sentí el vivo dolor de los estallidos dentro de mí. Perdí el conocimiento. Luego, me recobré en el hospital. Celie es muy buena, pero ha dicho una mentira piadosa.

— Pete vendrá el viernes por la noche con el nuevo presidente Ramsey — dijo la madre, como para cambiar de tema.

— ¿De veras? — exclamó Suzy, alborozada.

— Sí.

— ¿Es cierto lo que dicen de él?

—¿Y qué es lo que dicen de Bob Ramsey?

— La televisión dijo el otro día que el nuevo presidente fue estibado en los muelles de San Francisco, hasta hace pocos años.

— Aspecto tiene. No he visto a nadie tan mal vestido. Pero de lo que no cabe duda es que goza del fervor popular. Jamás ganó nadie unas elecciones por doscientos millones de votos contra ninguno... ¡Hasta sus oponentes votaron por él!

Suzy puso cara de embeleso al decir:

— ¡Es que dice unas cosas con tanto sentimiento y verdad!... «Soy

del pueblo y para el pueblo...» ¡Nadie, ni las futuras generaciones de super seres podrá acusarme jamás de no ser capaz de dar hasta mi última gota de sangre por mis hermanos, por mi pueblo, por todos los pueblos del orbe!

— Es un hombre admirable — replicó la señora Werwick—. ¿Y qué me dices del presidente de la República Democrática Soviética, Ivan Goof, un campesino de los Urales que habla veintidós lenguas?

— Pete dice que parece haber sido tratado con «indocaína» — contestó Suzy—. Es mucho más maravilloso aún que Bob Ramsey. Ahí vienen fotografiados los dos bebiendo cerveza juntos y jugando al ajedrez a través del teléfono rojo.

— ¡Bonita diversión para los dos políticos más grandes de la historia!

* * *

Pete y Celie descendieron del platíbolo que les había conducido a las altas cimas que dominaban Sun Valley, cerca de donde una brigada de obreros estaban construyendo un edificio metálico, que habría de ser refugio estival del futuro matrimonio.

Apenas hubo descendido del aparato, un capataz chino se les acercó corriendo.

Aquel hombre, antes de la Gran Reforma, había sido el misterioso y enigmático coronel Wong.

— Hola, Celie... ¿Qué tal, Pete? — saludó el hombre que había sido directamente responsable del suicidio de Alberad Bachdí.

—Hola, señor Wong. Encantado de volverle a ver. Venimos a ver las obras. Adelantan mucho.

— Ya está prácticamente terminado el piso inferior. Dentro de una semana acabamos y lo dejaremos todo para los decoradores.

— Gracias, Wong. Es usted un hombre de palabra.

El chino sonrió y dijo:

— No podía defraudar a la pareja que me han convertido en el hombre más dichoso de La Tierra.

— ¡Parece increíble, Wong! Usted era un hombre de intrigas.

— Porque no tenía más remedio que serlo. Me encontré metido en aquello sin querer. Cosas de la vida de entonces. Pero yo había sido arquitecto hace quince años. Y mi pasión era construir edificios. En secreto, cuando tenía tiempo, y debo confesar que Harrison y su equipo me dejaban muy poco, hacía casitas de madera en mi domicilio. Era lo que, ustedes llaman un «hobby».

Celie y Pete sonrieron, caminando hacia donde los constructores

trabajaban con sus máquinas de soldar, uniendo planchas metálicas, que luego otros hombres recubrían con motivos artísticos.

Entre aquellos obreros habían algunos delincuentes, castigados por la ley a trabajos forzados. Y Pete sabía que allí había un joven cuyo rostro era exactamente igual al suyo.

Moxy Luke también sabía que Pete y Celie acababan de llegar, porque salió del interior de la casa en construcción y se acercó al grupo.

— Hola, «mago»... ¿Qué tal, Celie?

— Bien, ¿y tú, Moxy?

— Aquí pagando el último robo que cometí en Burbank. Tres meses. No sé cómo me las arreglo, pero estoy unos días en libertad y tres meses cumpliendo condena.

— Eres un ladrón incorregible, Moxy — acusó Pete—. Estoy muy disgustado contigo. Si te he hecho venir aquí, es porque quiero corregirte.

— ¿No dices que soy incorregible?

— Voluntariamente, lo eres. Pero yo puedo ayudarte, si tú me lo permites.

— ¡Yo te permito a ti todo lo que quieras!

— Voy a curarte de tu defecto, Moxy. Ya no volverás a robar más. ¿Ves que fácil?

— ¿Seguro? ¿Qué has hecho?

— Te acabo de autosugestionar para toda tu vida, Moxy.

— ¡Oh! — Moxy no pudo ocultar su desencanto —. Entonces mi existencia ha perdido su encanto... ¡Vaya una jugarreta!

Y fuese por autosugestión o por convicción propia, pero Moxy Luke ya no volvió a delinquir jamás.

— ¿Qué fue de Bill Harrison?— preguntó más tarde Wong, mientras enseñaba el interior de la obra a sus futuros ocupantes.

— ¡Ah, el dócil de Bill! Tiene un supermercado de frutas — contestó Celie —. Su mujer le hizo renunciar al servicio público, por cosas de la secretaria que tenía.

— ¡No me gustaba nada aquella secretaria suya! Peggy Horst. Le buscó la ruina.

— Le buscó la fortuna. Su esposa se enfadó al fin. Se aprovechó de la nueva ley y se lo llevó a casa, de donde no ha vuelto a salir. Y se gana muy bien la vida vendiendo fruta.

— ¡Qué cosas! Harrison frutero y yo arquitecto — comentó Wong, enigmáticamente.

* * *

Aquella tarde, de regreso a Middleton, Pete puso el piloto automático del platillo volador y se inclinó sobre Celie.

— Ya es hora de que me ocupe un poco de ti, cariño.

— ¿Tú crees? — preguntó ella, con intención.

— Sí. Ya he esperado bastante. .

— Bien. Pues empieza — dijo Celie, cerrando los ojos.

Pete la tomó en brazos y la besó. Luego, preguntó:

— ¿Qué tal?

— Había vivido mentalmente este instante tantas veces que ya no he sentido emoción alguna.

— ¡Oh, eso no vale, tramposa!

— ¿Crees que yo soy como tú?

— ¡Has roto todo el encanto! ¡Y me has desilusionado!

— Puedes romper el compromiso — contestó Celie, sonriendo —. Me busco otro chico y asunto concluido No me faltarán muchachos más guapos que tú.

—¿Ah, sí? ¡Ahora verás!

Y tomando de nuevo a Celie en brazos, la besó con tanta intensidad y fuerza que Celie estuvo a punto de perecer ahogada. Para evitarlo, forzó a Pete a soltarla, no sin desgana.

Luego, reclinando su cabeza en el pecho de él, musitó:

— Te quiero, tonto.

— Y yo también a ti.

—Eres adorable.

— ¡Y tú eres genial!

— Hemos hecho una gran labor, Celie.

— Sí, Pete. Al menos, hemos distribuido la felicidad y la paz en el mundo. Lo demás, ya lo harán ellos después.

— Me siento inmensamente feliz.

— Yo también.

El platillo se deslizaba a gran velocidad sobre las nubes blancas, navegando hacia el este.

El paisaje ante ellos era grandioso, majestuoso, impresionante.

Y mirándolo a través del parabrisas telescópico, muy juntos el uno del otro, evocaron el maravilloso futuro del hombre. Ellos habían iniciado una época nueva… ¡Un mundo de ensueño!

Luego, el «homo super sapiens» conquistaría el universo.

* * *

¿Por qué no podría ser verdad?

FIN